

## CRÓNICA POLÍTICA

## DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

## I.

Al fin cayó. Aquel hombre á quien la restauracion parecia haber dicho: *tu es Petrus, et super hanc petram edificabo ecclesiam meam*, ¡de tal modo tomó su personalidad por base, y su voluntad por norma! aquel hombre cuyos compromisos doctrinales pesaron mas en la balanza de los destinos de la restauracion que el sentido histórico de una dinastía y la voz de un pueblo; aquel hombre que subía y bajaba del poder como por las escaleras de su propia casa; que creaba y destruía constituciones, improvisaba y abatía héroes militares y estadistas civiles, que rompía y forjaba unidades religiosas y políticas á su antojo, y que mientras con una mano disolvía las huestes armadas de la reaccion, resucitaba con la otra, para su uso, los partidos revolucionarios; aquel hombre que luchó y venció sucesivamente al espíritu religioso en la constitucion, al espíritu monarquico en las elecciones, al espíritu foral en las leyes, al espíritu conservador en la política, á los carlistas en los campos, á los moderados en los comicios, y á los partidos revolucionarios en el parlamento; aquel hombre que, despues de haberlo dominado todo con su inteligencia, absorbiéndolo con su actividad, arrollándolo con su poder, y fascinándolo con su palabra, parecia al levantarse gigante en el desierto de su omnipotencia que sobre su frente iluminada por los resplandores de su genio se leían aquellas formidables palabras: *¡Pondré mi trono sobre el aquilon, y seré semejante al Altísimo!* acaba de caer, inesperadamente, sin ruido, sin que se pueda decir por qué, no como cae la encina abatida por el huracan, ni la torre desplomada por el ariete, sino como cae el toro sobre la arena cuando la corva y acerada media luna corta sus nervios vigorosos, como cae sobre el polvo el hércules atlético y colosal cuando se le echa la zancadilla.

Caida verdaderamente maravillosa, inesplicable ante los ojos de la recta razon, concebible solo en la serie de desordenadas sorpresas que constituyen la trama de nuestra vida política, y que de haberse verifi-



cado allá por los tiempos del rey D. Juan, hubiera merecido seguramente la mención del poeta en alguna de aquellas estrofas en que tan sentidamente se consideraba la caída de los mas favorecidos privados, así como la ruina de los mas poderosos reyes que en los momentos de mayor fortuna y bienandanza se desvanecían, á impulsos de la inesperada catástrofe, como las verduras de las eras, ó como los rocíos de los prados.

Porque no se podrá negar que la caída del poder del Sr. Cánovas se ha verificado precisamente en la época de su mayor esplendor y auge, cuando, vencidas las temerosas dificultades que él mismo se suscitó en el camino, tenía que habérselas, no con instituciones poderosas, ni con partidos autorizados, sino con adversarios débiles, fomentados por él con la maquiavélica mira de que le sirvieran de término de comparación en el constante paralelo en que se fundamenta en el dilema que, propuesto á la voluntad del país, constituye el juego de las instituciones.

Y sin embargo, el Sr. Cánovas del Castillo, en estas circunstancias, fuerte mas aún que con su propia fuerza con la debilidad de los demás, con el carlismo vencido, desanimado y desgobernado por el mas disolvente de sus políticos y el mas repulsivo de sus periódicos, con los moderados desangrados por sus sucesivas disgregaciones, con la democracia pulverizada por el choque de sus ódios reconcentrados, con la oposicion débil por lo heterogéneo de sus fuerzas, lo contradictorio de sus principios y lo abigarrado de sus elementos, con una mayoría creciente en ambas cámaras, con la autoridad, y la fuerza y el prestigio de largos años de poder, con la sancion, cuando menos de la fortuna, con el asentimiento, ó si se quiere la preferencia del país, con la ayuda de la paz material, del desarrollo económico, de la alza de los valores..... cae..... no por intentar una gran violencia, ni un gran cambio, no ante un problema nacional, internacional ó religioso, no ante una gran division de su mayoría, ni ante una imponente manifestacion del país, no ante una brillante discusion, ni una implacable polémica, no ante la reaccion poderosa, ni ante la revolucion amenazadora, sino ante una nueva union liberal, compuesta de moderados intransigentes, desprendimientos de la mayoría conciliadora, constitucionales de una constitucion que fué, y disidentes de los disidentes de la primera disidencia, fundidos todos en el programa de la amenaza, en la aspiracion del poder, y bajo la jefatura suprema del señor Sagasta.

¿Cómo explicar este misterio, por no decir esta aberracion de la política española? ¿Qué fuerza es la que ha podido derribar al Sr. Cánovas del poder en el momento mas desembarazado de su existencia? ¿Qué habia detrás de esa fusion, cuyos principales elementos civiles con tanta desgracia venian combatiendo al Sr. Cánovas? ¿Por ventura la fuerza de una idea, el prestigio y la popularidad de un programa, el



empuje de masas populares reciénvenidas á la fusion, le dieron inesperadamente la fuerza de que antes carecia? ¿Qué nuevo elemento de tan irresistible poder ha surgido como factor en la política española?

Si las leales y solemnes declaraciones de los hombres de guerra que figuran en la fusion no destruyeran en este punto toda verosimilitud de la hipótesis, diríamos que la apostura militar de los caudillos congregados á la sombra de la bandera de la fusion habian cautivado los ánimos y la opinion, si no con la violenta pasion del pánico, con esa dulce zozobra que produce en los corazones débiles los seductores encantos de la prudencia.

Ello es, en fin, que D. Antonio Cánovas, al día siguiente de una restauracion hecha por la fuerza de las armas, sin compromisos con la revolucion, y en contra de los elementos mas conservadores de esa revolucion impenitente, pudo oponerse al torrente arrollador de la opinion pública, á los mandatos de la lógica, á la significacion del acto político llevado á cabo, á los compromisos de sus partidarios mas decididos, á la voluntad del que lo realizó, y apenas hubo llevado á cabo su empresa, cuando, derrumbadas todas las columnas del templo conservador, la techumbre descansada sobre sus robustos hombros, entonces le sustituye la fusion, haz de desiguales y mal atadas cañas, débil y complicado andamiage, cuya mal trabada armazon corre riesgo de descomponerse al primer choque.

Elocuente leccion de filosofia de la historia; tremendo expediente de política providencialista, cuyo extracto conocen ya nuestros lectores, y cuyo dorso podría rotularse con este lema.

*La revancha del Sr. Sagasta.*

Y qué lujosamente encuadernado podria remitir el Sr. Sagasta al Sr. Cánovas con la siguiente dedicatoria:

*Al Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, en testimonio de gratitud,*

*D. Práxedes Mateo Sagasta.*

Y vamos al nuevo ministerio.

Compuesto de individuos del directorio, procedentes por tanto de las diversas fracciones que concurrieron á la fusion; equilibradas en él las fuerzas sin que haya una personalidad que descollando sobre las otras las oscurezca y las abrume, dicho se está que su punto vulnerable tiene que ser la falta de unidad y de cohesion. Solicitado por encontradas tendencias, pero forzado á desarrollar su política, y combatido á la vez por ambos partidos colindantes, le auguramos vida trabajosa, y las circunstancias y los momentos en que nace que le co-



locan en la obligacion de presentar los presupuestos á las cortes, ó de violentar el texto de las leyes le ponen en la dura precision de dar sus primeros pasos por el tortuoso sendero de la habilidad, orillado por dos abismos.

Mientras esto se piensa y se decide, la revolucion, alentada con el resultado de la crisis, empieza á plantear sus exigencias, pidiendo al partido liberal la realizacion de sus criminales utopias.

Porque sus órganos mas autorizados en la prensa, olvidando el clamoreo que levantaron cuando el mariscal Mac-Mahon, usando de su prerogativa constitucional, derribó á un ministerio que tenía el apoyo de la mayoría en ambas cámaras para nombrar á otro que las disolviera, aplauden el resultado de la crisis, sin tomarse el trabajo de esplicarnos por qué aquel acto mereció para ellos el calificado de «golpe de Estado,» conocido en su historia con el nombre del «atentado del 16 de mayo,» y este lo aclaman como un acto perfectamente liberal, constitucional y parlamentario.

Entonces derribar á un gobierno que contaba mayoría en ambas Cámaras y llamar á una minoría que disolviese el Parlamento, era un golpe de mano absolutista. ¿Por qué razon, caso idéntico en favor de una minoría liberal, es considerado por todas las opiniones liberales como el acto más en armonía y en favor del espíritu liberal, posible?

Para qué lo hemos de preguntar; todo lo que favorece á la revolucion está bien hecho, todo lo que la contrarie está mal; el fin justifica los medios; y la revolucion que guillotina los reyes y atropella las constituciones, y se incauta de la propiedad, y viola el domicilio, y apalea al ciudadano indefenso, como lo haga al grito de libertad, puede llamar tiránica y despótica y arbitraria á la autoridad que respeta la legalidad y ejerce sus derechos. Luis XVI fué ajusticiado como tirano, y sus verdugos fueron los lacayos de Napoleon. La revolucion es, ha sido y será el órden al revés, el desórden, y el desórden tiene por ley la contradiccion, y por regla el embudo.

Pero sería desconocer á la revolucion si creyéramos que esto lo hace en aras de un amor platónico á las oposiciones liberales. No, apenas nombrado el ministerio, y viéndole deseoso de levantar una bandera, la revolucion presurosa ha buscado la más significativa y trascendental de sus numerosos banderines, y pugna por ponérsele entre las manos. Este banderín es la bandera más anárquica que se conoce, la bandera de Salmeron, ó sea la reposicion de los catedráticos. Asentar en la cátedra de la enseñanza oficial de un Estado católico y monárquico, á catedráticos herejes y republicanos, estipendarlos con el dinero de los católicos, para que perviertan á sus hijos; premiar en ellos la rebeldía á la autoridad, no solo eclesiástica sino civil, á la autoridad universitaria, á la autoridad misma de la ley, y de la ley hecha por el mismo Sr. Sagasta; y hacer de esto el primer acto político del Gabinete que preside el Sr. Sagasta, autor de la ley, y en que for-



man el Sr. Alonso Martínez, ministerial del ministerio que la aplicó, y el general Martínez Campos que desvainó su espada en Sagunto «al sagrado grito de Religion» es, más que una bandera, una victoria, la primer victoria de la revolucion sobre la monarquía, la primer victoria de la campaña de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Y basta ya, que ya los periódicos democráticos, asentándose sobre esa victoria de su secta, empiezan á clamar que se *prohiban los frailes*, mientras les llega la hora de fusilarlos, como lo hace su colega el Presidente de la república de Guatemala, que se puso de un salto á la cabeza del progreso y de la civilizacion, como lo entienden los demócratas y los asesinos.

## II.

La Union católica visiblemente protegida por Dios, sigue impávida su camino, y prospera ayudada por el impulso que la dan los Prelados que la bendicen y los católicos que la auxilian, y por la contradiccion que la suscitan sus mismos enemigos. Toda obra buena los tuvo, y aun son estas pequeñas contrariedades, como señal y prenda del favor divino.

Continúen, pues, enhorabuena su obra de difamacion y de calumnia los enemigos de la *Union*; ella engrosará nuestras filas, ella dirá más claro que nuestra voz la pureza de nuestras intenciones, y nuestra honra, como el acero de la lima, brillará más límpida despues que se hayan gastado en ella los venenosos dientes de la culebra.

Dejando á un lado, pues, estas miserias, volvamos con amor la vista á tan santra obra, que sin descansar un momento se organiza bajo la direccion de nuestros sabios Prelados.

Hoy mismo, en uno de los más anchurosos salones del palacio del Arzobispado de Toledo en Madrid, bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Moreno y de los Ilmos. Obispos de Santander y Salamanca se han reunido, prévia la invitacion de su Prelado, los fundadores de la Union Católica, y allí, despues de invocada la asistencia del Espíritu Santo por medio de las acostumbres preces, el Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, con voz solemne y sentido acento expuso los principios y fines de la Union Católica, los grandes servicios que está llamada á prestar á la Religion y á la Iglesia, y la obligacion de los católicos españoles de agruparse en torno de la Cruz para reñir las batallas del Señor.

Leidas despues las bases constitutivas de la Union y el Mensaje que se dirige á Su Santidad, elevando á su superior conocimiento estas bases, el Sr. Conde de Orgaz, en nombre de la numerosa concurrencia, dió las gracias á S. E. por su eficaz cooperacion á esta obra, y sus palabras breves y expresivas, fueron el eco del sentimiento general de los católicos allí reunidos, que postrados ante la Majestad de Dios, re-



presentada en los sucesores de los Apóstoles, reciban la bendicion episcopal con el corazon henchido de nobles esperanzas.

Así, respondiendo con actos á las censuras, y dando satisfaccion con obras á las palabras, obedeciendo al «adelante» con que nos impulsan los Prelados, iremos desarrollando á la sombra y al amparo de la Cruz la *Union Católica*, ó sea la organizacion de las fuerzas religiosas de España para la defensa de los principios de la Religion y de los derechos de la Iglesia, á las órdenes de los Obispos. ¡Union tan anhelada y apetecida por todos los grandes católicos de nuestra patria, apenados al ver el triunfo y los progresos de la revolucion, merced á nuestras intestinas discordias, y la persecucion hecha á la Iglesia con pretesto de rebeldía.

Con la suprema bendicion de Su Santidad, pondremos, si nó el límite á las sutilezas de la hipocresía, el sello augusto de la majestad religiosa á esta obra inspirada por la fe, alimentada por la esperanza y cimentada sobre la caridad.

### III.

Del extranjero pocas palabras tenemos que decir.

En Francia continúan los proyectos de ley contra la Iglesia. Además del relativo al servicio militar, contra el que está protestando el Episcopado, se ha puesto á discusion el del divorcio, como golpe certero dirigido, no solo ya contra la influencia de la Iglesia y el predominio de la Religion, sino contra la esencia misma de la sociedad atacada en su base; la familia, como prueba de que el principio protestante es, á la vez que un principio antireligioso, un principio antisocial.

Entre Roma y Turquía se estrechan las relaciones amistosas. El Papa ha dirigido una atenta carta al Sultan, participándole la elevacion á la dignidad cardenalicia del Patriarca de los católicos armenios. El delegado apostólico Mgr. Vannutelli ha pronunciado un discurso ante el soberano de la sublime Puerta, manifestándole el deseo del Papa de que proteja á sus súbditos católicos, de cuya fidelidad á su soberano responde, como impuesta por su religion. S. M. Abdul-Hamid, le contestó en términos muy satisfactorios asegurándole la proteccion de sus fidelísimos súbditos católicos. La conversacion terminó pidiendo el Sultan la bendicion y las oraciones de Su Santidad para él y para su Imperio.

¡Cuánto y qué bueno tienen que aprender este acto del Papa y de S. M. otomana los Reyes y los súbditos católicos de las naciones europeas!

En Irlanda, la cuestion social se complica, la tiranía protestante ha convertido aquella nacion católica en un yermo árido, cuyos hijos se ven precisados á buscar en la emigracion el sustento más necesario. A la sombra de este gran movimiento nacional, la revolucion que todo lo corrompe y desnaturaliza, trata de ingerir sus principios y sus pro-



cedimientos para conseguir sus fines. El Gobierno inglés liberal ha acudido á las medidas más violentas y represivas. El pueblo constitucional y parlamentario por excelencia, ha expulsado por la fuerza de la Cámara á los diputados irlandeses, y todo anuncia una gran conflagración. En medio de ella, como en medio de todas las conmociones de la sociedad moderna, descuellan por su noble y severa actitud y por su paternal desvelo, el Padre Santo y los Obispos.

Su Santidad Leon XIII dirigió á los Obispos de la Isla de San Patricio, por medio del Arzobispo de Dublin, una carta como todas las suyas, encareciéndoles la paz, el respeto á las autoridades, la union y los medios legales para reclamar su justicia, sin dar ayuda á la revolución; y los Obispos irlandeses, en un admirable documento, han contestado á la Santa Sede, protestando su adhesion y sumision á Roma, exponiendo el estado de miseria á que las leyes agrarias del protestantismo han reducido á Irlanda, á pesar de la fertilidad del pais y de la laboriosidad de su raza, el movimiento de resurreccion y de vida del pueblo de Oconel, sacudiendo de una vez su indolencia, condenando los actos y las palabras de rebeldía de los que allí, como en otras partes quieren explotar en favor de sus pasiones rebeldes los movimientos nacionales, y protestando contra las calumnias de que son objeto esos Prelados por parte de la prensa de Inglaterra.

En Austria ha muerto el Cardenal Arzobispo de Viena, Kutschker, único Prelado Josefista que quedaba en el Imperio.

En Prusia continúa defendiéndose el Kulturkampf. Los diputados católicos protestan de su adhesion al Emperador, aunque protestante, recuerdan que un Rey católico fué el primero que ofreció el Imperio al Rey de Prusia, y que los súbditos católicos son los más fieles y adictos á su Emperador. Invocan la libertad de conciencia, el tratado de Westfalia y la Constitucion; y el Ministro de Cultos, aunque sostiene las leyes inicuas de Mayo, no disimula su rigor y se declara dispuesto á suavizar su aplicacion. La prensa liberal de Alemania empieza á dar la razon á los diputados del centro, y Mr. de Helledorf, diputado liberal, ha unido sus quejas á las de Mr. Winthors. La verdad es que la *cacería de curas* á que se entregan las tropas alemanas, en cumplimiento de las leyes; la prohibicion de administrar los Sacramentos á los moribundos y demás actos terroristas llevados á cabo en Alemania, haciendo contraste con la lealtad de los católicos al Emperador, ha acabado por producir una saludable reaccion en la opinion pública del imperio.

La Princesa Alejandrina, nieta de la Hermana del Emperador Guillermo, acaba de entrar como postulante en las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul.

En Rusia, las negociaciones con la Santa Sede prosperan decididamente, y los periódicos de Varsovia publican ya la lista de los Obispos destinados á ocupar las sedes vacantes en Polonia.



En Italia, los católicos se preparan á luchar contra el proyecto de ley autorizando el divorcio, mientras el Papa se dispone á verificar solemnemente la canonizacion de los bienaventurados Labre y de Rossi.

Se ha confirmado en todas partes el asesinato legal del P. de la Compañía de Jesus, fusilado por haber puesto los piés en el territorio de la república de Guatemala. El ministro de esta república en Francia, que lo habia desmentido indignado, como imposible, autoriza á juzgar por sus propias palabras á un país en que tales actos se cometen. Los radicales italianos, alemanes, suizos, belgas y franceses, envidian el procedimiento legal de la república de Guatemala. Los católicos piden al mártir que Dios acaba de coronar su intercesion en favor de la Iglesia, y Dios, que permite tan rudos ataques á su Esposa, la arma con invencible valor, dotando á sus hijos de la fe, la sumision y la cohesion necesaria para militar en tan tristes dias contra las malas pasiones de la humanidad, atizadas por el furor del abismo, como en las vísperas de los grandes triunfos para la religion, y los dias de regocijo para la Iglesia.

Porque en efecto, Europa, agitada por convulsiones interiores y por movimientos de atraccion y repulsion internacionales, camina á una crisis rápida y tal vez, ó sin tal vez, definitiva; Francia, minada por el radicalismo republicano, y amenazada por Alemania y por Italia que dirige sus miradas á Niza y á Saboya; Inglaterra, preocupada con la cuestion social de Irlanda, con los disturbios del Afghanistan en la India, y las rebeliones de los Basutos y de los Boers en el Cabo; Rusia, trabajada por su socialismo nihilista, y solicitada por sus ambiciones en Europa, y sus conquistas en Asia, deseosa, y recelosa á la vez, de ligar mas estrechamente sus relaciones con el imperio; Italia, amenazada en su unidad por el republicanismo federal, y avivada su codicia por espectáculo de prosperidad de sus provincias alemanas y francesas; Austria, manteniendo el peligroso equilibrio de su paz interior y de sus alianzas exteriores, y Bismark haciendo escribir á Moltke que la guerra es un elemento establecido como necesario por Dios, para el orden del mundo, nos prueban de qué modo se agitan los poderes armados de la tierra buscando la satisfaccion de sus respectivos ideales bajo el dedo de Dios que los conduce, valiéndose de sus mismos movimientos, al punto en que su providencia los emplaza para el triunfo de la inocencia ó para la catástrofe de la justicia, pero siempre para la realizacion del plan divino en la historia, siempre para labrar el pedestal de los elegidos y la sima de los réprobos, siempre como comentario elocuente, como apoteosis magnífica de la bondad de Dios sobre la tierra.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.



## MISCELÁNEA.

---

### BASES CONSTITUTIVAS DE LA UNION CATÓLICA

DADAS

*por su Exma. el Cardenal Arzobispo de Toledo, de acuerdo con la Junta Superior directiva de la misma, el día de la festividad de San Francisco de Sales, Doctor de la Iglesia.*

PRIMERA.

Con el nombre de Union Católica se crea una Asociación, cuyo único y exclusivo objeto será el de procurar la union de los católicos que quieran cooperar por los medios legales y lícitos, á los fines religiosos y sociales consignados en la carta dirigida á los señores Obispos, exponiéndoles los propósitos de la Union Católica, y en las contestaciones de los Prelados aprobando dicha carta.

SEGUNDA.

Pueden entrar á formar parte de dicha Asociación todos aquellos que acepten íntegramente las enseñanzas y doctrinas de la Iglesia, tales como aparecen, más especialmente consignadas para este caso, en la Encíclica *Quanta cura* y en el *Syllabus* que la acompaña, entendido, explicado y aplicado como lo entienden, explican y aplican la Santa Sede y los Obispos.

TERCERA.

La Union Católica, nacida bajo la bendicion y los auspicios de los Prelados de la Iglesia de España, queda sometida á la suprema direccion é inspeccion de los señores Obispos, quienes serán además por sí,



ó por medio de sus delegados, los Presidentes natos de las asociaciones que se formen en sus respectivas diócesis.

#### CUARTA.

Constituido en Madrid el Centro de esta Asociación, el Presidente general de la Unión Católica es el Cardenal Arzobispo de Toledo, que será auxiliado por una Junta superior directiva, formada entre los mismos asociados.

La Junta Superior directiva designará para Vicepresidentes dos de los individuos de su seno; nombrará para Secretarios, como para los demás cargos ó comisiones que crea oportuno conferir, á los asociados que estime conveniente; dirige dentro de las bases establecidas los trabajos de la Asociación; y decide de la admision de los que deseen ingresar en ella.

Entran desde luego á formar la Junta Superior directiva los señores firmantes de la carta á los Prelados, y los Presidentes de las secciones que han de formarse, sin perjuicio de aumentar el número, designando á más personas pertenecientes á la Asociación, cuando el Presidente general, de acuerdo con la Junta, lo estime necesario.

#### QUINTA.

A semejanza de la Junta Superior, cuando los señores Obispos lo juzguen conveniente, formarán Juntas diocesanas, que presidirán por sí ó por medio de sus delegados. Los Prelados Presidentes de estas juntas cuando se hallen en Madrid, formarán parte de la Superior.

Tambien se formarán en los pueblos Juntas locales, presididas por las personas que el Prelado designe, las cuales á su vez formarán parte de la Junta diocesana cuando se encuentren en la capital de la diócesis.

Las vacantes que ocurran en las Juntas serán cubiertas por designacion de los Presidentes, de acuerdo con los individuos de la Junta.

#### SEXTA.

Para el mejor orden de los trabajos, la Unión Católica se dividirá en Secciones, que serán por ahora las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Obras religiosas.
- 2.<sup>a</sup> Obras de caridad y de mejora social.
- 3.<sup>a</sup> Educacion y enseñanza.
- 4.<sup>a</sup> Literatura y ciencias.



- 5.<sup>a</sup> Arte cristiano.
- 6.<sup>a</sup> Propaganda.
- 7.<sup>a</sup> Relaciones con Obras y Círculos Católicos de España y fuera de España.

Cáda seccion se compondrá de un Presidente, que formará parte de la Junta Superior directiva, un Vicepresidente, dos Secretarios, y de los individuos que se designen para formar parte de ellas.

Las secciones darán cuenta de sus trabajos á la Junta Superior directiva y á las reuniones generales de la Asociacion.

#### SÉPTIMA.

La Union Católica se propone como fines prácticos inmediatos, favorecer, en lo que sus fuerzas alcancen, el establecimiento ó desarrollo de las Obras y Asociaciones de la Propagacion de la Fe, Dinero de San Pedro, Asociacion de Católicos, Juventud Católica, Círculos de Obreros y otras análogas; auxiliar con sus servicios en la córte á los Párrocos y Juntas locales, para lograr el pronto y favorable despacho de los expedientes de reparacion de templos; y buscar recursos para auxiliar á los referidos Párrocos cuando se trate de reparacion de templos, hecha por suscripcion particular; auxiliar á las Ordenes Religiosas, y procurar recursos á los señores Obispos, para el sostenimiento en los Seminarios de los jóvenes pobres que deseen seguir la carrera eclesiástica.

Tambien preparará los trabajos para que, cuando el Presidente de la Asociacion y la Junta superior lo estimen oportuno, puedan celebrarse Asambleas generales de la Union Católica.

#### OCTAVA.

La Union Católica no responde ni se hace solidaria de los actos de ninguno de sus individuos, sino solo de aquellos que se practiquen por encargo ó de acuerdo con la Junta Superior directiva.

Si algun asociado sostuviere doctrinas ó ejecutara actos públicos que contrarian la doctrina ó los fines de la Asociacion, á juicio de los Prelados y Juntas directivas, dejará de pertenecer á la Union Católica.

#### NOVENA.

Se formarán reglamentos que determinen las relaciones de las Juntas entre sí y con la superior; los medios de allegar recursos para el



sostenimiento y desarrollo de las asociaciones, y para proveer á todo lo que sea necesario para los fines de la misma.

Madrid 29 de Enero de 1881, **fiesta del insigne Doctor de la Iglesia San Francisco de Sales**, bajo cuyo patrocinio se pone la Union Católica.

JUAN IGNACIO, Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo.—*El Conde de Orgaz*.—*El Conde de Guaqui*.—*Leon Galindo y de Vera*.—*El Marqués de Mirabel*.—*El Conde de Canga-Argüelles*.—*Leon Carbonero y Sol*.—*Alejandro Pidal y Mon*.

---

## NECROLOGIA.

---

Con profunda pena participamos á nuestros lectores el fallecimiento del distinguido jurisconsulto zaragozano D. Tomás Olivares Biec. Hombre de bien á carta cabal el Sr. Olivares, es de creer que Dios haya premiado con la gloria sus grandes virtudes. De todas suertes, suplicamos á nuestros amigos que no olviden al difunto en sus oraciones. Las humildísimas nuestras, harto sabe su familia que no han de faltarle.



## DISCURSO PRELIMINAR

AL TOMO III DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES.

*(Conclusion.)*

En países británicos también, sobre todo en Escocia, había nacido y fructificado por el mismo tiempo cierto linaje de estudios, que Adan Smith apellidó *Ciencia de la riqueza*, y que los modernos, aprovechando nombres de la terminología aristotélica, han llamado, ora *Crematística*, ora *Economía política*. Desarrollada en siglo incrédulo y sensualista, esta nueva disciplina, salió contagiada de espíritu utilitario y bajamente práctico, como que aspiraba á ser ciencia independiente, y no rama y consecuencia de la moral. En las naciones latinas fué además, muy desde sus comienzos, poderoso auxiliar de la revolucion impía, y ariete formidable contra la propiedad de la Iglesia.

Filósofos por un lado (aunque los llamemos así por antífrasis), y *fisiócratas* y economistas por otro, fueron acumulando los combustibles del grande incendio; y como todo les favorecía, y como el estado social era deplorable, faltando fe y virtud en los grandes, y sosegada obediencia en los pequeños; como la fuerza y autoridad moral de la Iglesia, única que hubiera podido resistir al contagio, iban viniendo á menos por la creciente invasion escéptica, y por el abandono y ceguedad de muchos católicos y hasta príncipes de la Iglesia que por diversos modos la favorecían y amparaban; como de la antigua monarquía francesa habían huido las grandes ideas y los altos sentimientos, y solo queda-



ban en pié los hechos tiránicos y abusivos; como la perversion moral habia relajado todo carácter y marchitado la voluntad en los poderosos, infundiendo al mismo tiempo en las masas todo linaje de ódios, envidias y feroces concupiscencias, la revolucion tenia que venir, y vino tan fanática y demoleadora como ninguna otra en memoria de hombres.

Cuando la fe se pierde, ¿qué es el mundo sino arena de insaciados rencores, ó presa vil de audaces y ambiciosos, en que viene á cumplirse la vieja sentencia: *Homo homini lupus?* En aquella revolucion hubo de todo: ideas económicas y planes de reforma social al principio, cuando gobernaban Necker y Turgot; despues tentativas constitucionales á la inglesa; luego utópias democráticas y planes de república espartana; y á la postre nivelacion general, horrenda tiranía del Estado, ó mas bien, de una gavilla de facinerosos que usurpaban ese nombre. Verdadera deshonra de la especie humana, que condujo, por término de todo, al despotismo militar, al cesarismo individualista y pagano, á la apoteosis de un hombre que movia masas de conseriptos como rebaños de esclavos. ¡Digno término de la libertad sin Dios ni ley, apuntalada con cadalsos y envuelta en nubes de gárrula retórica!

Entre tanto la Iglesia parecia haber vuelto á los dias del imperio romano y de las Catacumbas. Y con todo, aquella persecucion franca, sanguinaria y brutal; la constitucion civil del clero; las proseripciones y degüellos en masa; el culto de la diosa Razon; la fiesta del *Sér Supremo* y la sensibleria *rusoyana* de Robespierre; el deismo bucólico y humanitario de los *teofilántropos*..... todo esto era mejor y ménos temible que la guerra hipócrita y solapada de los *católicos* y *cristianísimos* monarcas del siglo XVIII, y todo ello contribuia á inflamar de nuevo ó á enardecer, cuando ya existia, el sentimiento religioso en muchas almas, produciendo maravillas de tan épico carácter como la resistencia de la Vendée. Bien conocia este poder de las ideas cristianas y tradicionales el



mismo *uom fatale* que vino á recoger y difundir la herencia de la Revolucion. Y por eso no se descuidó, en los primeros años de su mando, cuando todavía no le descaminaban y dementaban la ambicion y la soberbia, en traer cierta manera de restauracion católica en Francia, dando así firmísimo fundamento á su improvisado dominio, que se deshizo como estatua de barro apenas el omnipotente César rompió el valladar de lo humano y lo divino, y atribuló á la Iglesia en la persona de su venerando Pastor, y lanzó por el mundo sus feroces hordas á la cruzada atea, santificacion del derecho materialista de la fuerza. Toda accion trae forzosamente la reaccion contraria. Las guerras napoleónicas produjeron un despertar de todas las conciencias nacionales, desde el seno gaditano hasta las selvas de Germania. Y derribado el coloso, siguió la reaccion anti-francesa su camino, extendiéndose á la Religion y á la filosofia, pero no siempre con sentido católico, ni aun cristiano, sino limitándose á poner el espiritualismo contra el materialismo.

En Francia, el menoscabo y ruina de los estudios serios habia sido tal, que los mismos apologistas se resintieron de él en gran manera: no sólo Chateaubriand con su catolicismo estético y de buen tono, tan mezclado de liga sentimental y aun sensual, sino el mismo José de Maistre, escritor poderosísimo entre los más elocuentes de este siglo, impugnador vigoroso y contundente del error, pero débil en la exposicion de su propia filosofia, como quien tiene tendencias ó impulsos, más bien que ideas claras y definidas; admirable cuando destroza á Bacon, á Locke y á Voltaire, y en ellos el espíritu del siglo XVIII, pero no tan admirable ni tan original en sus consideraciones sobre la Revolucion francesa ó en las teorías de la expiacion, calcadas sobre las del teosofo St. Martin. La escuela tradicionalista, que en su tiempo hizo buenos servicios á la Iglesia, y cuyo más eximio representante fué Bonald, nació con resabios de sensualismo, y erigió en dogma la impotencia de la razon, y el propagarse mecá-



nico de las ideas por medio de la palabra. La *tradicion* divina ó humana fué para Bonald el principio de los conocimientos. El *consentimiento comun* fué para Lamennais el criterio de la verdad.

Con todo eso, el sensualismo iba perdiendo terreno, aun entre los hijos y herederos de las doctrinas del siglo XVIII, que cada dia eran modificadas y atenuadas en sentido espiritualista. Así el *sentimentalismo* de Laromiguière sirvió de puente entre las antiguas escuelas empíricas y la esperimentacion psicológica al modo escocés, de que fué importador Royer-Collard, insigne entre los campeones del doctrinarismo político. Este cambio de las ideas es visible en Maine de Biran, pensador enérgico y solitario, que desde el materialismo de su primera memoria *sobre el hábito*, llegó, no solo á la concepcion espiritualista, sino al endiosamiento de la *voluntad*, entre todas las facultades humanas; pero de la voluntad libre, individual y responsable, no de la voluntad ciega, fatal é inconsciente que invocan los pesimistas modernos. Al mismo tiempo, y no sin influjo del eclecticismo político desarrollado al calor de la primera restauracion, eran juzgadas con mayor templanza y equidad, y no con la irreverente mofa de otros tiempos, las doctrinas religiosas, lo cual es de notar hasta en el pobrísimo libro de Benjamin Constant acerca de ellas. Hasta los utopistas sociales, v. gr., los sansimonianos, mostraban aspiraciones teológicas, y comenzaron á levantar la cabeza ciertas enseñanzas de cristianismo *progresivo, social y humanitario*, monstruosa confusion de lo terreno y lo divino. Así (y prescindiendo de Buchez) veíase sin sorpresa al neo-cartesiano y neo-platónico Bordas Demoulin introducir como elemento capital en su filosofia (mucho mas ontológica que la de Descartes) la doctrina del pecado original y de la Encarnacion. La misma filosofia *oficial* de Victor Cousin y sus adeptos, aunque poco ortodoxa en la sustancia, y empeñada en continuas peleas con los defensores católicos de la libertad de enseñanza, mostraba exteriormente mucho respeto al dogma, y grande horror, junto con me-



nosprecio, al grosero ateismo de la Enciclopedia. Hasta los eclécticos, que con mas franqueza confesaban haber perdido la fe, v. gr., Jouffroy, se lamentaban amargamente de ello, como de una enfermedad tristísima de su corazon y de su mente.

Habia, pues, en la atmósfera intelectual de Francia muchos gérmenes de reaccion cristiana; pero no cayeron en buena tierra ni en buena sazon, y los mas de ellos se perdieron, por culpa, en gran parte, de ese mismo eclecticismo incoherente y vago, cuando no enfermizo, medio escocés y medio aleman, que no puso de suyo mas que la retórica y la erudicion, ahogando pocas y no bien aprendidas ideas en un mar de palabras elegantes y de discretas aproximaciones.

Eran tiempos en que el cetro intelectual habia pasado á Alemania, teatro de extraordinaria revolucion filosófica, y de allí venian en desaseada y mal compuesta vestidura escolástica los contradictorios sistemas que, con brillantez francesa é imperfecta amalgama, se difundian desde las cátedras de la Sorbona. ¿Para qué detenernos en tejer una historia que, á lo menos en sus líneas esenciales, nadie ignora? Cuando á fines del siglo pasado la escuela *wolfiana*, mezquino residuo de la de Leibnitz, resistia á duras penas, desde los sitios universitarios y académicos, el embate de los vientos sensualistas de Francia, y del hondo escepticismo de David Hume, se levantó Manuel Kant á dar nueva direccion á la filosofía, sembrando los elementos de todas las construcciones que se han alzado despues. Su originalidad es toda de pensador crítico, y estriba en el análisis de nuestras facultades de conocer, el cual análisis kantiano, reduciendo el conocimiento al fenómeno ó aparienciá sensible, y declarando impenetrables los *noumenos*, sirve de broquel á los positivistas modernos, y por otra parte, reduciendo las primeras nociones á formas subjetivas, abre la puerta al mas desenfrenado idealismo. Este vino primero, y el otro despues, sin que los efectos de la *Crítica de la razon pura* pudiera atajarlos Kant con la *Crítica de*



la *razon práctica*, ni con su *imperativo categórico*, fundamento que quiere dar á la ética, ni con sus postulados de existencia de Dios, inmortalidad del alma y libertad moral, cosas inadmisibles todas en un sistema *fenoménico* y medio escéptico, que no responde del valor objetivo y sustancial de nada, ni siquiera del carácter necesario y universal de las leyes del pensamiento. Quien admita que Kant, en la discusion del problema crítico, invalidó los antiguos fundamentos de la certeza, y que son verdaderos paralogismos los que él dió por tales, ha de tener forzosamente por anticipaciones no razonadas el imperativo y los postulados de la *Razon Práctica*. El error, lo mismo que la verdad, tiene su lógica, y por eso queda en pié la primera parte de la obra de Kant, aun despues que idealistas y positivistas han consentido en prescindir de la segunda.

La crítica kantiana está en el fondo de la *doctrina de la ciencia* de Fichte, que no tuvo mas que exagerar la teoría de las formas subjetivas, para venir al mas absoluto panteísmo egoísta ó *egolátrico*; y yace tambien, como *substratum*, en el *sistema de la identidad* de Schelling (el mas elegante y artista, ó quizá el único artista, entre los filósofos germánicos), cuya originalidad consiste, sobre todo, en la importancia que dió á la naturaleza como una de las manifestaciones de lo absoluto: sistema que viene á ser una viva y poética teosofía.

Hoy Schelling está olvidado, y es moda tratarle como á un retórico: y el racionalismo, que con tanta facilidad ensalza ídolos como los abate, está condenando á igual desdeñoso olvido la ciencia de Hegel, entendimiento de los mas altos y vigorosos que desde Aristóteles acá han pasado sobre la tierra. Pero si de Hegel no vive la doctrina fundamental, viven todas las consecuencias, y los que mas reniegan de su abolengo, son tributarios suyos en filosofía natural, en estética, en filosofía de la historia y en derecho. No hay parte del saber humano donde Hegel no imprimiera su garra de leon. Todo lo que ha venido despues es ra-



quítico y miserable, comparado con aquella arquitectura ciclópea. ¿Qué hacen hoy evolucionistas y transformistas, Herbert Spencer (pongo por caso), sino materializar el *proceso dialéctico*? Parece imposible que en menos de treinta años se hayan disipado aquellas grandezas intelectuales; la soberana abstracción del sér próximo á la nada; la deslumbradora fantasmagoría en que el sér y el conocer, la lógica y la metafísica, lo racional y lo real se reducian á suprema unidad, desarrollándose luego en áurea cadena y variedad fecundísima, siempre por modo trilógico, sin que un solo anillo de la naturaleza ni del espíritu quedase fuera de la red. ¡Ejemplo singular, y maravillosa enseñanza, que muestra cuán rápidamente mueren ó se suicidan los errores, y tanto mas en breve, cuanto mas orgullosa y titánica es su contradicción con ese modesto criterio de verdad que llaman *common sense* los psicólogos escoceses!

¡Cuán triste es hoy el estado de la filosofía disidente! El ciclo abierto por Kant se cierra ahora, como en tiempo de los enciclopedistas se cerró el ciclo abierto por Descartes. Grande es la analogía entre uno y otro, y bien puede decirse que la rueda está hoy en el mismo punto que en 1789. ¡Tanto afanar para caer tan bajo! ¡Tanta descarriada peregrinación por el mundo del espíritu, tanto fabricar ciudades ideales, tanto endiosamiento del *Yo* humano, tantas epopeyas de la *Idea*, tanta orgía ontológica y psicológica para volver, por corona de todo, al *Sistema de la naturaleza* y al *Hombre Máquina*! ¡Qué amargo desengaño!

Lo que en los primeros cincuenta años de este siglo parecia manjar plebeyo y tabernario, reservado á los ínfimos servidores de la ciencia experimental, es hoy la última palabra del entendimiento humano. Una oleada positivista, materialista y utilitaria, lo invade todo, y el cetro de la filosofía no está ya en Alemania ni en Francia, sino que ha pasado á la raza práctica y experimental por excelencia: á los ingleses, y de ellos pasará, y



está pasando ya, á sus hijos los *yankees*, que harán la ciencia aún mas carnal, grosera y mecánica que sus padres.

El progreso estupendo de las ciencias naturales y de la industria, ciega y ensoberbece á muchos de sus cultivadores, que ayunos de toda teología y metafísica, quieren destruir estas ciencias ó niegan en redondo hasta la posibilidad de su existencia. Estos naturalistas, los *enfants terribles* de la escuela, v. gr., Moleschott y Büchner, profesan un materialismo vulgar, y á la antigua, al modo de Cabanis y de La Mettrie, sin mezcla ni liga metafísica de ningun género. Darwin es tambien simple naturalista, pero sus doctrinas de la seleccion natural y del origen de las especies sirven de base á un sistema de filosofía natural en la *Antropogenia* de Hœckel, y á una biología y sociología en Herbert Spencer. Ciertos positivistas ingleses, especialmente de los que escribieron hace algunos años, son del todo ajenos á estas especulaciones, y se reducen al papel de lógicos prudentes, de moralistas utilitarios y de observadores sagaces de los fenómenos: así Stuart Mill, y antes que él su padre, los cuales en general no admitian otro nombre que el de filósofos de la *asociación de ideas* y de la *inducción*. Del positivismo francés, cuya primera fase está representada por Augusto Comte, queda la parte *negativa* y el método experimental como único; pero Littré y los demás discípulos serios de Comte han rechazado unánimemente los sueños teológicos y sociales del maestro, y su catecismo, ceremonias y ritos de una religion sin Dios. Casi tan risible como este culto son las tentativas de *metafísica positivista*, que cada dia vemos aparecer, como si el positivismo no implicase, á la vez que la negación de lo sobrenatural y de lo absoluto que llaman *incognoscible*, la de toda filosofía y de cuantas especulaciones no se concreten al hecho ó fenómeno. Esa pretendida metafísica comienza á llamarse *monismo*.

Entre el estrépito y clamoreo que hoy sale de los laboratorios y anfiteatros, negándolo todo, hasta la idea de causa, apenas se

deja oír la voz de otros escritores heterodoxos, más elegantes y cultos y de mejor tono, v. gr., Taine, Vacherot, Renan.... los que en Francia llaman *pensadores críticos*. Verdad es que ni ellos mismos dicen á punto fijo lo que piensan, y en ellos, como antes en los ecléticos, la lúcida facilidad de la exposicion oculta lo inseguro y vacilante de la idea. Taine es casi positivista, y sólo se aparta de Stuart Mill y de los lógicos ingleses en la importancia que da á la *abstraccion*. Vacherot y Renan reducen á Dios á la categoría de lo ideal; pero Renan, notable orientalista y escritor elegante y deleitoso, aunque algo relamido, tipo y dechado de retórica y de estilo académico, lleno de timideces y salvaduras, no debe su triste fama á la filosofia, sino á haber sido intérprete y vulgarizador en Francia, y por Francia en todos los países latinos, de la moderna exégesis racionalista, sepultada en los indigestos volúmenes de la escuela de Tubinga. Pocos han tenido valor para leer la *Vida de Jesús* de Strauss: en cambio todos han leído los *Orígenes del Cristianismo*, logrando el autor fama extraordinaria y nada envidiable de Anticristo, á despecho de la fingida moderacion y del hipócrita misticismo en que envuelve sus blasfemias.

La falsa ciencia anda hoy casi tan insurrecta contra Dios como en el siglo pasado. No hay descubrimiento, teoría ni hipótesis de las ciencias geológicas y antropológicas (tanto más audaces cuanto más problemáticas, v. gr., la llamada prehistoria), que no se invoque contra la narracion mosáica. Por todas partes se rebuscan soñados conflictos entre la ciencia y la Religion. Apenas las ciencias históricas, y sobre todo los estudios acerca del extremo Oriente, que hoy tanto prosperan, descubren un hecho nuevo, se apodera de él la crítica impía, para torcerle y adulterarle y convertirle en máquina de guerra. Y en vano son las apologías y refutaciones serias, porque pocos las leen, y muchos menos estudian la ciencia por la ciencia, sino por apañar piedras que arrojar al santuario. Lo hipotético se da por averiguado: se confunde lo que es



dogma con las opiniones de tal ó cual Padre de la Iglesia ó comentador, que no tenia obligacion de saber cosmología ni física, tal como hoy las entendemos: se fingen y fantasean persecuciones contra el saber, mintiendo audazmente contra la historia, y se construyen sistemas exegéticos de pura fantasía, acabando por creerlos ó por aparentar que los cree el mismo que los ha fabricado. ¡Cuánto partido se ha sacado de la disputa de Antioquía, para levantar sobre tal fundamento el deleznable edificio del *petrismo* y del *paulinismo*! ¡Dos cristianismos primitivos! Exegetas alemanes hay que dicen con mucha seriedad (y Renan dista poco de darles la razon), que Simon Mago es un mito de San Pedro, á quien inicuamente quisieron maltratar, bajo ese pseudónimo, San Lucas y otros discípulos de San Pablo, que escribieron las *Actas de los Apóstoles*.

Mientras por tales derrumbaderos andan los *científicos*, el arte sin Dios, ni ley, ni luz de ideas superiores, todas las cuales arrastra y envuelve el positivismo en la ruina de la metafísica, se ha arrojado en brazos de un realismo ó naturalismo, casi siempre vulgar y hediondo, alimento digno de paladares estragados por tales filosofías. Despues de todo, ninguna sociedad alcanza nunca más alta filosofía ni más peregrino arte que el que ella se merece y de su propia sustancia produce. Ni podia esperarse más vistosa flor ni mas sabroso fruto de este moderno paganismo, no culto y maravillosamente artístico, religioso á su modo, y en ocasiones heróico como el de Grecia, sino torpe y bestial como el de la extrema decadencia del Imperio Romano. ¿No está herida de muerte una sociedad en que puede nacer y desarrollarse, no á modo de aberracion particular ó desahogo humorístico, sino con seriedad dialéctica, la doctrina *pesimista*, que por boca de Schopenhauer recomienda, no sólo la aniquilacion, como los budistas, sino el suicidio individual, y aspira con Hartmann á cierta especie de suicidio colectivo? ¡Cuán horrendo retroceso, no solo respecto del Cristianismo, sino respecto de la civilizacion greco-latina,

arguyen esas tentativas de budismo y de *religion del porvenir!*

Sólo la Iglesia, columna de la verdad, permanece firme y entera en medio del general naufragio. Quizá está próximo el día en que el mismo exceso del mal vuelva á traer á los hombres á su seno. En vano dirige contra ella todos sus esfuerzos el infierno conjurado, y mueve en contra suya á las potestades de la tierra, que ora expulsan y aun asesinan á sus ministros, ora la oprimen con leyes y reglamentos, aspirando á convertirla en una funcion, organismo ú oficina del Estado. No ven en su ceguedad que todo ataque á la Iglesia hace temblar y cuartearse el edificio político, y que cuando la revolucion social llega y lo arrasa todo, las monarquías y las repúblicas y los imperios suelen hundirse, para no volver á levantarse, pero la Esposa mística de Jesucristo sigue resplandeciendo tan hermosa como el primer día.

M. MENENDEZ PELAYO.



## LOS PARÁSITOS.

### ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

La entonacion breve con que el Conde de Cavia pronunció estas palabras *con permiso de mi padre, que diariamente la visita*, demostró á Sofia que su amigo, á la vez que queria dejar bien establecida en su ánimo la naturaleza amistosa de aquella separacion, se proponia cortar en ese punto las explicaciones sobre aquellas circunstancias especiales de su familia. Este propósito la impedia hasta el disculparse por haberlas provocado; pero con delicado instinto, comprendió tambien que necesitaba curar de alguna manera la herida que involuntariamente le habia hecho, y mirándole con singular dulzura,

—¡Carlos, no sé por qué, se me figura que su niñez de V. ha sido muy triste!

—¿Por qué dice V. eso?—la preguntó su amigo con brusco acento, como si viera un insulto detrás de aquella frase, pero leyendo en la mirada de Sofia los cariñosos sentimientos que la inspiraban—tiene V. razon—murmuró, cambiando de tono—no sé qué atmósfera artificial ha rodeado mi infancia, no sé qué ley de excepcion me ha aislado de mis semejantes. Ningun recuerdo dulce, ningun compañero, ningun cariño conservo de esos años, tan fértiles para otros, y para mí tan secos y tan áridos. Si yo hubiera tenido un hermano, ¡cómo le hubiera querido! Si una hermana, ¡cómo la hubiera mimado! ¡Pero no!, solo siempre, en colegios ó con preceptores, en el extranjero, y hasta en mi propia casa, siempre me han mirado como un sér especial, como un fenómeno.....

—¡Carlos!

—No exagero; y esta idea ha sido tan tenaz en mí, que con ella, y bien sabe Dios que á pesar mio, he sufrido mucho y he hecho sufrir á mis pobres padres, pidiéndoles una vez y otra la clave de un enigma que su cariño no acertaba á descifrar..... La explicacion es muy sencilla; está en mi carácter, envidioso unas veces, otras entusiasta é irreflexivo; en mi corazon, que á ratos corroe la duda, y á desiguales intervalos ilumina la fe..... Pero la estoy á V. aburriendo con estas confidencias. Una verdadera simpatía, una amistad sincera, un cariño..... de hermano, más que de hermano me une con V., bien lo sabe; y abusando de este cariño.....

—¡Carlos, Carlos!—exclamó sonriendo débilmente la encantadora niña, pero con una emocion que desmentia el tono ligero de su respuesta—de lo que abusa V. es de sus privilegios de enfermo..... de espíritu; bien sabe V. que soy su amiga, su verdadera amiga; hablemos de lo que V. quiera, con tal que no comprometamos indiscretamente esta amistad, que por mi parte al menos es tan seria, tan profunda, como..... como cualquier otro sentimiento, más poético y más sublime, que desde ahora declaro y confieso humildemente, que no estoy dispuesta á acojer en este corazon empedernido. Con que vamos á ver—añadió, afectando no comprender las miradas suplicantes de aquel amigo que tanto se parecia á un amante—es cosa decidida. ¿Mañana es la marcha?

—No espero más que una palabra de Juan Antonio para emprender las operaciones—contestó Carlos, como volviendo, á pesar suyo, á la prosa de la vida real.

¿Y va V. contento de su compañero de viaje y colega de candidatura?

—Me lo pregunta V. de una manera, que equivale á hacermele temible. Todo, sin embargo, me autoriza á fiarme de él. Ya sé que mi amigo—es el único que tengo—no le inspira á V. las mayores simpatías.

—Ruiz del Busto tiene mucho talento; aquí, yo lo ve, V., todos le quieren, todos le consideran.....

—Pero.....

—No me haga V. caso, Carlos, ¡qué vale mi opinion, ni cómo



puedo tenerla en asunto tan grave! Pero no es simpatía ni antipatía lo que me inspira Juan Antonio; es.... no sé cómo decirlo....

—¡Vamos, dígalo V.!

—Es.... miedo.

—¡Miedo!

—Silencio, nos ha visto hablar, tal vez sospecha de qué hablamos; por Dios, á él ni una confidencia ni una palabra—murmuró Sofía.

—¡Qué vehemencia! ¡Qué animacion! Cualquiera diría que V. le ódia, respondió Cárlos.

La espresion de inocente espanto que claramente se leía en los dulces ojos de aquella interesante niña, no se habia disipado por completo, cuando Juan Antonio, con esa seguridad de continente que da á un hombre de mundo la posesion y práctica de los salones que frecuenta, se acercó al grupo formado por la hermosa pareja, y sonriendo como él acostumbraba á sonreír,

—Siento profanar con mi presencia el templo de la amistad—dijo—; pero es forzoso recordar á los devotos que la noche camina de prisa, y que muy pronto van á cerrarse las puertas. Si tuviera un manajo de llaves en las manos, las sonaría á sus oídos, como hacen los sacristanes impertinentes en ocasiones análogas.

Sofía, sonriendo tambien, aunque muy débilmente, alargó la mano á Cárlos, que la estrechó entre las suyas algo mas tiempo que el reglamentario, y esforzándose por calmar su voz, aun temblorosa:

—Les deseo á Vds. buen viaje y todo género de felicidades;—dijo sin dirigirse especialmente á ninguno de los dos amigos, pero afectando sobre todo no mirar á Juan Antonio, que impasible y tenazmente la contemplaba.

—Adios, Sofía, no hemos de tardar en volver á vernos,—dijo el Conde; y como Duradon no forma parte, á Dios gracias, de la Union Americana, nuestras vidas no corren peligro alguno.

—Y además, insinuó Juan Antonio,—ya tendrán Vds. noticias de nosotros.

Sofía nada contestó á esta última observacion de Ruiz del Busto; pero alzando los ojos que hasta entonces habia tenido fijos en su bordado, le miró con tal serenidad y fijeza, que, á su

pesar, Juan Antonio bajo los suyos, y se alejó de ella acompañado del Conde de Cavia.

Un momento, nada mas que un momento volvió á alzarlos Sofía, cambiando una rápida mirada con Carlos, y luego volvió á bajarlos tanto y por tanto tiempo, que casi se ocultaron en la sombra que proyectaba la pantalla del quinqué; siendo evidente para cualquiera que la hubiera observado, que era imposible que la tapicería que recamaba adelantase mucho aquella noche.

.....

—¿Está todo arreglado?—preguntó Carlos á su amigo cuando hubieron atravesado el salon, y se encontraban ya en la galería que por dos anchas puertas comunicaba con él.

—Todo. A estas horas podíamos estar ya perorando en Durdon-club; porque supongo que desde que yo falto de allí, Durdon tendrá ya su casino, su círculo ó cosa tal.

—¡Que si lo tiene! Ya veras si es magnífico; pero dime, ¿y Julia?

—Negocio concluido: saldada la cuenta, y puesto el recibí.

—¡Pobre Julia!

—¡Pobre!—dijo con singular espresion Juan Antonio.—Mírala, añadió señalando á una hermosísima jóven que en aquel momento pasaba por delante de una de las puertas de la galería, dirigiendo á su interior una mirada ó distraída ó curiosa.—Crees tú que esa coleccion de encajes, cintas y volantes puede ser nunca pobre?

¡Pero tú la querias! ella te amaba.

—¡Me amaba! ¡La queria!—respondió Ruiz del Busto con acento burlon.—Palabras, palabras y palabras. Nada, lo dicho: cuenta saldada, y á otro asunto.

—¡Es tan hermosa!—insistió todavía el Conde.

—Demasiado hermosa. ¿Qué diablos quieres que haga de su hermosura y de su brillantez un pobre diablo como yo! La vida es triste para el que tiene que ganársela; y en compañía de una mujer como Julia no puede ser sino un martirio ó una infamia compartida entre dos. ¿Qué quieres? Tu no puedes juzgar de la vida como yo juzgo. Tu puedes elegir libremente una compañera: yo no puedo ocuparme sino en buscar un socio.



—¿Y ella?

—Así lo comprende; porque es tan discreta como hermosa.

—¿Y has de verla tranquilo en brazos de otro hombre?

—¿Y qué importa que esté ó no tranquilo? Probablemente no me hará feliz ese espectáculo; pero probablemente no moriré de pena..... ni ella tampoco.

—¡Ah! no es así como yo comprendo el amor.

—Pues así hay que comprenderle en casa de Tula Scheneider. Vámonos;—añadió mirando todavía al interior del salon.

—Vamos, si decididamente quieres marcharte así.....

—¡Quiero!—esclamó resueltamente Juan Antonio, irguiendo la cabeza como quien se desprende de una idea que le atormenta; y juntos, aunque sin cambiar una sola palabra, salieron los dos amigos de la galería, y despues de la casa de la hermosa alemana.

.....  
.....

Momentos despues de su salida, y acaso en el mismo sitio que por breves instantes habian ocupado, Sofía y Julia conversaban en voz baja.

—No eres franca conmigo, Julia, decia Sofía con triste acento.

—Déjame ¡déjame!—la respondió su prima, entre afligida y enfadada.—Todos me atormentais continuamente: no sabeis hablar nunca sino para reñirme ó mortificarme..... ¡déjame! me haceis muy desgraciada.

—Julia, ¿puedes decir, eso con justicia, con sombra de justicia, de mí que no quiero mas que verte feliz, que tengo una obligacion, una obligacion sagrada de hacerte feliz?

—Bien, bien: ya se que soy una ingrata. una desagradecida; todo lo que querais! ¡pero dejadme tranquila!

—Por última vez, Julia, te suplico me confies lo que te ha dicho ese hombre.

¡Ese hombre ese hombre.....! me ha insultado. ¿Querias saberlo? Pues ahí lo tienes. ¡Me ha insultado!—esclamó Julia poniéndose de pié roja de cólera y con una mirada centellante: ese hombre que, segun tú, me perseguia con su amor y pretendia seducirme, ese hombre galanteador y temible, me ha despreciado, me ha insultado, y yo, yo le.....

—¡Tú le adoras!

—¡No, no, no! exclamó violentamente Julia, ocultando su rostro entre sus manos. ¡Le odio, le detesto! Ya estás contenta; ya me has hecho llorar; nadie me quiere; todos os volveis contra mí; solo gozais en atormentarme.....—y desasiéndose de las manos de Sofia que tenian cogidas las suyas, se separó violentamente de ella, entrando en una de las habitaciones á que daba acceso la galería.

—¡Pobre Julia, pobre hermana mia! murmuró Sofia viéndola marchar, y se dejó caer sobre un divan con marcada espresion de desaliento.

.....

En aquel instante las teclas del piano, fuertemente agitadas, semejaron con bastante propiedad el ruido de un coche que penetra á escape por una callejuela recién empedrada; despues un acorde final, cerrado con una nota estridente y aguda; despues una escala glisada, que hizo vibrar á la vez todas las cuerdas del instrumento; y luego una salva de aplausos con que saludó el concurso la terminacion de la pieza.

Arturo Alfox, el famoso pianista, habia por fin conseguido que la ilustrada concurrencia oyese su nuevo nocturno titulado «A orillas del Niágara,» y llevando del brazo á Tula, que dirigia á cuantos encontraba al paso los epítetos de «divino,» «magnífico,» «delicioso,» se retiraba de la escena de su ruidoso triunfo, limpiando en su frente el sudor con que le habia comprado.

Así terminó aquella noche, ó por mejor decir aquella mañana, la tertulia de Tula Scheineider, en la que el lector ha tenido la honra de ser presentado á tan ilustre dama y á los principales personajes de esta verídica relacion.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)



## LA UNION CATÓLICA.

---

Exibunt angeli, et separabunt malos  
de medio justorum. (S. Mateo XIII, 49.)

Estamos presenciando un suceso tan imprevisto como consolador y fecundo, que ha de ejercer influencia decisiva en los destinos de nuestra patria, hoy sin ventura; suceso de importancia capital, que transforma por completo en esta tierra la escena del drama gigantesco de los tiempos modernos. Lo que hasta aquí parecía no más que un sueño de almas nobles, un ideal de optimistas que, en el presente siglo por lo menos, no habia esperanzas de ver realizado, de improviso se ha convertido en gloriosa realidad. La Union Católica ha desplegado su bandera, y al ver inscritos en ella los lemas gloriosos que satisfacen, en cuanto humanamente es posible, á todos los honrados; al leer los lemas santos que todos, vengan de donde vinieren, pueden y deben aceptar sin vergüenza, ni abjuraciones, un ejército numeroso de hombres de bien se ha agrupado en el acto en torno de la idea salvadora. Ayer se proclamó la cruzada santa, y por toda la España Católica resonó al instante el antiguo grito de la cristiandad al aperibirse para la lucha contra el sarraceno. «Dios lo quiere, sí, Dios lo quiere.» Hoy ya están organizadas en admirable disciplina las legiones de creyentes dispuestas á todo sacrificio.

Porque los buenos estaban desunidos para el bien; porque no todos pensaban ni piensan de igual manera en materias que, no obstante su importancia, se convierten en muy accesorias junto á la gran cuestion que entraña todas las demás cuestiones; y movido así el corazon humano por pasiones é intereses diversos, que diseminaban á los amadores de lo recto por campos distintos, y los tenian tibios ó retraidos para la gran empresa comun, y faltaban en apariencia los elementos fundamentales de todo pensa-

miento de unidad; porque los hombres, en fin, únicamente tras de terribles escarmientos aciertan á comprender sus intereses supremos, y arrojar lejos de sí preocupaciones caducas, intereses miserables y consejos de amor propio pérfido; y por otras mil circunstancias aciagas, en las cuales solo al juicio severo de Dios y de la posteridad toca decidir quién fué el inocente, quién el culpable, se habia enseñoreado de nuestra España un mónstruo escapado del infierno, que con disfraces de libertad para engañar al incauto, siembra por nuestros campos horribles anarquías, demagogias ó cesarismos brutales, mancha con cieno el trono de nuestros reyes, arroja ignominia sobre las glorias inmortales de nuestra historia, degüella al sacerdote al pie del altar, mancilla la santidad de nuestro hogar doméstico, y hace que los hijos blasfemen la tradicion augusta que les legaron sus padres. Ese mónstruo es el enemigo, y tiene que morir para que la Religion y la libertad cristiana reanimen el espíritu de nuestra Península.

Desde hoy podemos vaticinar que la Union Católica ha de extinguirse en nuestra patria, no sólo porque ahora nuestros elementos para el combate no son tan desiguales y flacos, sino principalmente porque en estas luchas la fe y el entusiasmo disciplinado todo lo vencen; y esta union y disciplina, que es hoy en el campo de los creyentes tanta como su fe y entusiasmo, forma singular contraste con la confusion y anarquía que domina en el campo revolucionario. Lo que allí sucede es clara demostracion de que difícilmente se sujetan largo tiempo los hombres á la disciplina de un partido, cuando este, perdido el entusiasmo y la fe en sus principios, se empeña, no obstante, en tener alzadas las banderas y permanecer en el campo de la política, presentándose todavía, contra las reglas más vulgares de la sinceridad y del decoro, como adalid de doctrinas, cuando en realidad no busca en las revueltas sociales nada más que rapiña y satisfaccion de todas las concupiscencias humanas. Sustituido el vínculo de la comunidad de principios por el vinculo de los intereses y de las ambiciones personales, el servilismo hace las veces de fidelidad, la codicia de pasiones desatadas reemplaza al entusiasmo, el precio vil del mercenario sustituye al sacrificio por una-idea. Como ya no se invocan doctrinas y principios sino para disfrazar ignominias y vergüenzas, nadie se cree ligado por deberes de fide-



dad á ninguna causa; pasan los hombres de un bando á otro, segun la conveniencia del momento, sin que nadie los tache de inconsecuencia y perfidia. El oportunismo es el primer principio de la política; el mayor traidor es el mejor político; el más hábil y sagaz para arrebatarse el poder por cualquier medio, es el mejor jefe de partido. Los partidos se convierten en partidas de caudillos y merodeadores; las pasiones políticas en pasiones personales, los ódios de las parcialidades substituyen al amor de la libertad, y á los nobles sentimientos característicos de los campeones que luchan por causas opuestas con la hidalguía de la buena fe. Tal es la situacion actual de los partidos que han hecho la revolucion, y que con ella comen. Entre ellos, las clases parecen haberse envilecido, y degenerado tambien la raza de los hombres de Estado. Su pequeñez moral é intelectual contrasta de singular modo con el temple de los revolucionarios de la primera generacion, y con los arrebatos de frenesí que al estallar produjo en las muchedumbres este acontecimiento, único en los fastos de la historia, verdadero mónstruo por su magnitud, por sus fuerzas destructoras, por su carácter de universalidad, y por los resultados que en menos de un siglo ha producido por el mundo entero.

Pero ¿por qué causa y de qué manera á pesar de las disensiones que por espacio casi de un siglo han tenido en anarquía, incoherencia ó desquiciamiento á nuestros elementos del orden moral, ha podido de pronto reanimarse entre nosotros el entusiasmo que inspira la Iglesia á sus fieles, y haciéndoles olvidar toda antigua discordia, disciplinarlos en compacta falange para que se lanzaran al asalto del baluarte revolucionario, precisamente en la ocasion propicia, en que la confusion anda más desatada por el campo enemigo? Suceso es este cuyo origen primero debe encontrarse en el decreto providencial, pues reúne todos los caracteres de los grandes é inesperados sucesos que aparecen en la historia con el sello visible de la Providencia. Suele decirse que los grandes hechos providenciales se caracterizan generalmente por el contraste entre la pequeñez de los medios y la grandiosidad del resultado, por la desproporcion entre la flaqueza de las fuerzas y de los agentes que en ellos intervienen, y la obra extraordinaria que producen, superando los más increíbles obstáculos. Considerada en su principio la empresa, parece obra pro-

piá de dementes: todo en ella choca y repugna á los cálculos de nuestra razon; para el común de los humanos reúne todas las apariencias de insensato quien la intenta y tiene fe en ella, y además, sobre esta empresa, que de suyo teníamos por imposible de realizar, dada la pobreza de los medios, parece que se vienen á acumular estorbos tales y tan extraños, que para dominarlos creeríamos impotentes á todas las fuerzas humanas. No obstante, contra los cálculos de la humana prevision, lo que parecia insensatez se impone al universo conjurado contra ella, y produce el resultado más admirable y grandioso.

Todos estos caracteres se han reunido de un modo por demás elocuente en la formacion de nuestra Union Católica. ¿Cómo ha empezado? Por lo imprevisto. ¿Cómo crece? Por la influencia de aquello mismo que parece la debiera de matar.

Germina á un mismo tiempo en la mente de unos jóvenes el noble propósito de protestar de alguna manera contra las amenazas y gritos anticristianos, proferidos en el templo revolucionario entre las libaciones de los banquetes, por la juventud que ha renegado de las venerandas tradiciones de libertad de esta tierra de España, para acogerse al horrible fantasma que no ha producido jamás sino farsas indignas, vergüenzas, lágrimas y sangre, servilismos y desenfrenos. Cada uno de aquellos jóvenes animosos, propone el medio más eficaz de protesta que le sugiere su buen deseo. Muy luego quedan todos acordes en que ninguna manera de realizar con más acierto el generoso pensamiento, que la de dirigir una felicitacion al ilustre Obispo de Francia, que tan valientemente, con la palabra y el ejemplo, ha demostrado que «la Cruz es el verdadero terreno de la defensa, el único estandarte bajo el cual, á pesar de las tristes divisiones políticas, podian los hombres de buena voluntad entenderse y darse la mano; y que no hay consigna mejor para congregar á los dispersos.»

Redactado el documento, y á fin de remitirlo sin pérdida de tiempo, recógense apresuradamente en la corte algunas firmas de hombres de buena voluntad. Apenas es pública la carta dirigida á Monseñor Freppel, de todas las provincias de España, cunden numerosas adhesiones al pensamiento culminante de aquel mensaje. Son tantas y tales las manifestaciones de entusiasmo y aplauso, que ante tan elocuente explosion de sentimientos gene-



rosos, se reveló inesperadamente un hecho de importancia capital, cuya existencia hasta entonces ni los más sagaces habían podido columbrar: de tal manera la vocería de unos pocos traficantes de la política tenía apagada la antigua, santa y enérgica voz de España.

Hubiera sido falta imperdonable de patriotismo perder oportunidad tan propicia. Mas al mismo tiempo era precisa la prudencia más esquisita para llevar á buen término la difícil empresa, tan gloriosa y providencialmente iniciada. Si por una parte la grandiosidad del resultado conseguido sobrepujaba toda esperanza, y lo imprevisto abría nuevos y dilatados horizontes, presentando el campo más propicio para poner en actividad, unidos y compactos, á todos los elementos del espíritu católico de España, que yacían inertes; por otra, obstáculos no menos imprevistos y extraños se acumulaban contra la empresa salvadora. Natural era que contra la Union Católica se desataran violentas las impugnaciones y diatribas del liberalismo. Pero la tormenta más amenazadora vino por otro lado. Jamás pudiera imaginarse el creyente que las armas de la más refinada astucia, y las artes más satánicas de la calumnia y de la sofistería, se esgrimieran contra él, precisamente por hombres que sin duda comprenden cuál es la batalla que se está dando en el mundo, pero á los cuales, intereses miserables y desatentadas soberbias ofuscan por lo visto hasta el punto de apartarlos del camino recto que parecía trazarles aquí la propia ambición personal, nota culminante y característica de tales naturalezas. *Quos Deus perdere vult, prius dementat.*

¡Qué diferencia entre los tiempos actuales y aquellos días en que el inolvidable Aparisi dirigía el gran partido tradicionalista español! En lugar de la política heroica y esencialmente católica que inspiraban al partido los consejos de aquel tan buen cristiano como esclarecido patricio; en lugar de alzar por cima de cualquier otro interés el interés católico; en lugar de buscar la fuerza principal de la causa en que abriera generosa su seno á todo hombre de bien, para que vieran en ella hasta los tibios y menos fervorosos el campo natural donde debieran agruparse cuantos comprenden que la salvación y grandeza de la patria depende principalmente del triunfo de la Iglesia; en lugar de ser, en fin, el pala-

din esforzado de «aquella gran cruzada moral que predicaba Aparisi para atraer á los buenos que no están en su puesto,» ahora en cambio el partido tradicionalista andaba como disuelto por la accion funesta de un jefe enemigo de toda otra política que la del anatema. Por la influencia perniciosa del valido, contra los principios de todo Gobierno cristiano, desoidas las enérgicas protestas de los de más antigua y probada lealtad entre sus campeones, asomaba por allí el cesarismo galicano y regalista; y el partido, alejado del palenque de los combates del Señor por sistemáticos y culpables retraimientos en la hora solemne en que se decide la suerte de las naciones, tenia que estimar como accion meritoria á los ojos de Dios el estarse con los brazos cruzados á vista de las amarguras y peligros de la patria, no obstante tener vivos en la memoria aciagos recuerdos, de que en lo más recio de la última tempestad revolucionaria, las instigaciones perniciosas de ese mismo jefe le habian hecho firmar vergonzosos pactos de alianza con los elementos más avanzados del radicalismo anticristiano.

En aquel campo se fulminan los mas terribles anatemas contra el pensamiento naciente de la Union Católica; fué señalada como un nuevo disfraz del catolicismo liberal, y como máquina de guerra organizada con infernal perfidia para producir la ruina del partido. Así la guerra á la Union Católica que en algunos jefes de aquel partido se inspiraba en malicia refinada é increíble, la convirtió la disciplina para no pocos soldados de fila en empresa meritoria y cristiana. El peligro era grave. Por mas que contaran con entusiastas adhesiones de los caracteres mas nobles y caballescicos del campo tradicionalista, grande tenia que ser la zozobra y desaliento, aun en los mas animosos, al verse declarados enemigos mortales por el jefe del partido, de donde la Union Católica habia de sacar sus principales elementos de vigor. De esas masas honradas es, en efecto, de donde deben salir las fuerzas activas mas potentes é incontrastables de la union de los hombres de bien. Porque si es verdad que en fuerza de estrañas ceguedades son muchos los católicos que andan diseminados por entre las huestes del liberalismo; si es verdad que todavía mayor es el número de los que, quizás con sensata prudencia, no han querido identificar jamás los intereses religiosos con los de ninguna de las parcialidades que hierven en las discordias políticas de nues-



tra patria, no es menos cierto que la parte mas sana, y creemos tambien que la mas numerosa del partido tradicionalista la componen los que fueron llevados á aquellas filas por sus convicciones religiosas, y son ante todo y sobre todo católicos. Por eso, ya lo dijimos en otra ocasion, la historia triste de nuestras discordias civiles en el presente siglo no ofrece seguramente ningun partido que haya contado mayor número de hombres de bien y campeones de buena fe, y de convicciones mas firmes y sinceras y mas dispuestos á sacrificios heróicos. En vano buscaríamos por los demás partidos, tan numerosos ejemplos de fijeza de principios y fidelidad entusiasta é inquebrantable á una bandera de que nos han dado tantas muestras no pocos caudillos y soldados de esa causa desgraciada. En medio de la corrupcion de los tiempos modernos, cuando con harta frecuencia vemos que no se estima ya infame la apostasia y el perjurio político, y que la codicia y el servilismo del éxito ha sustituido en el mayor número á los sentimientos de fidelidad, es digno de toda alabanza y honra el carácter hidalgo de nuestra raza, y se ha de enseñar á todos, como imitable ejemplo, la honrada conducta de esos hombres que, lanzados al campo político por sus convicciones profundas, como adalides de una idea, le sacrificaron hacienda y vida; y affigidos por todo género de adversidades, proscritos y hechos juguete de la insolencia y sarcasmo de los vencedores, arrojados con frecuencia de la posicion social mas encumbrada á la mas profunda miseria, las mayores pruebas del infortunio no pudieron hacerles quebrantar el menor de sus deberes de fidelidad, y con abnegacion heróica se mantuvieron hasta la muerte esclavos de su conviccion y de la fe prestada. En el partido tradicionalista es donde mas han abundado y donde se perpetuan todavía estos caracteres nobles y caballerescos.

Si la Union Católica habia de continuar adelante, urgía por consiguiente sacarla cuanto antes de la incertidumbre en que la colocaba la hostilidad de la cancillería carlista. Con maduro juicio se pensó que el primer paso del buen católico, antes de empeñarse por esa senda, debia ser implorar el consejo de los prelados. Y los Pastores contestaron á sus fieles que «el pensamiento era bueno, grandioso, eficaz, obligatorio, salvador, magnífico, inspirado por Dios,» y, con motivo de esta consulta, la sabiduría

de nuestro episcopado escribió una de las páginas más gloriosas que registra nuestra historia eclesiástica en el presente siglo.

Triunfaba, pues, el pensamiento generoso; nada le importaban ya los anatemas láicos, si los prelados le cubrían de bendiciones. Aquello mismo que parecía destinado á producir su ruina inevitable, habia servido para darle mas fuerza y vigor. Era visto que una voluntad mas alta que la de los hombres habia pronunciado sobre ello el omnipotente *fiat*, y contra todos los cálculos de la humana prevision, se imponia á todas las fuerzas conjuradas para destruirlo, y producía, á despecho de los hombres, el resultado mas admirable y grandioso. Al que lo combatió, no le queda hoy mas camino que someterse ó rebelarse.

La Union Católica, por consiguiente, es desde ahora un hecho realizado que con inesperada vitalidad surge de improviso en esta tierra clásica del catolicismo. Nació ayer, y hoy se manifiesta ya como el factor que ha de ejercer influencia mas decisiva en la balanza de los destinos patrios. Que se mantenga la disciplina en sus filas; que sus caudillos busquen ante todo el reino de Dios, y tras de la primera batalla que empeñe contra el monstruo revolucionario, tiene que aparecer como el organismo de mas vida y de mas poderosos recursos de dominio, y el principal representante del orden que se conozca en nuestra patria. La vitalidad é incontrastable pujanza de que ha dado pruebas en su comienzo, son presagio seguro y la mejor fianza de sus triunfos en lo venidero. Aún no tenia organizadas sus huestes, y sumió en impotencia á los enemigos que habian jurado su ruina. Las iras que lo persiguen solo sirven de escabel para encumbrarlo.

En vano, para cohonestar las acerbas y nada cristianas invectivas lanzadas contra él, se arrebolaron algunos de religion y bien público, disfrazándose la ambicion y soberbia bajo el especioso pretesto de deshacer la trama de una conspiracion magistralmente urdida contra la patria y el altar. Fué este nuevo ejemplo de los muchos casos en que la maldad, con pretexto de celo de la mayor gloria de Dios, levanta en la plaza pública desconcertado vocerío, y causa á la religion mayor deservicio, la invoca y la ofende; y clama por el público sosiego, y lo perturba; por la libertad de los pueblos, y los oprime; por la conservacion del propio estado, y ambiciona ocupar el ageno.



Posible es que, dada la triste condicion humana, se haya mezclado en todo ello algo de secreto agravio y de rencores ocultos, y que esto explique el enigma de muchas actitudes que hoy nos asombran. No lo sabemos, y la caridad cristiana aconseja presumir que no. Pero si así fuera, debemos dar gracias á Dios por haber enderezado el mal al bien por los misteriosos caminos que únicamente conoce la Sabiduría suprema, sacando de esta suerte á salvo la obra gloriosa, á pesar de los malos fermentos que la exponian á inminente naufragio en momentos tan críticos.

Y para el creyente deben resultar de aquí grandes enseñanzas y nuevos motivos de poner cada vez mas inquebrantable confianza en los altos destinos de una empresa gloriosa, probada ya contra los peligros de inminente perdicion en que desde luego la hubieran abismado pasiones ruines y codicias deshonestas, si no des-cansara sobre otros cimientos mas firmes que los que pueden prestar á los intereses terrenos las miserias humanas.

Espectáculo verdaderamente consolador y propio para infundir y devolver la confianza al mas desalentado es el que por inescrutables designios nos toca hoy presenciar, precisamente en la hora en que parecia iban á desfallecer todas las esperanzas.

Cuardecados ó caídos los muros de los mas firmes baluartes sociales; roto el freno de todas las leyes divinas y humanas; desatadas por los pueblos todas las pasiones perversas; subvertidas todas las relaciones sociales de clase; abiertos entre el pobre y el rico, por el ódio, la concupiscencia y la venganza, insondables abismos; entregadas á convulsiones y desquiciamientos sin ejemplo las naciones mas potentes y esclarecidas; enseñoreada de la cristiandad una furia infernal que quita y pone reyes con incontrastable omnipotencia, reduce á polvo las instituciones mas seculares, levanta y destruye imperios, consulados, dictaduras, confederaciones y pueblos nuevos, arranca de raíz por el suelo europeo los organismos mas esenciales de la vida civil y política, y siembra en su lugar, en surcos profundos como el abismo, gérmenes de desastres aún mayores; en medio, en fin, de este deshecho huracan que está barriendo la faz de la tierra, la sociedad vive hoy desconcertada con la incertidumbre y el espanto en el corazon, viendo inerte venir el cataclismo, aún mas tremendo

que los anteriores, que asoma ya por el horizonte. En este cuadro de desquiciamiento general, España aparecía como una de las más gravemente amenazadas de total descomposicion. Si por otras naciones, entre las compactas tinieblas que envuelven el horizonte, puede el observador sagaz escudriñar algunos signos precursores de la nueva aurora cristiana, aquí en cambio la post-tracion de los elementos del órden moral era completa.

Entregados los unos á la política de los pesimismos groseros, puestos en pié de guerra, y no buscando soluciones sino en el terreno de la fuerza; andando otros diseminados con estraños acomodamientos de corazon y de cabeza, por opuestos bandos y en compañía de los que abofetean á su madre; otros, en fin, inertes y desordenados, alejados de la lucha por falta de bandera; desunidos todos sin saber hallar un campo comun donde se agruparan tantas fuerzas dispersas en los lazos de la concordia que todo lo vence, eran como una masa inerte y servil que oprimian á su antojo el soldado afortunado y sedicioso, ó el tribuno audaz, ó el histrion repugnante que el torbellino revolucionario iba encumbrando, unas veces con el motin de la plaza pública, otras con la indisciplina militar, casi siempre con la deslealtad y la perfidia.

Así la revolucion desenvolvía aquí impunemente todas sus abominaciones. El campo católico en España, para decirlo de una vez, parecia un campo de muerte y desolacion; en sus tristes horizontes aparecian ruinas y gigantescos escombros de construcciones seculares; lo pasado con todas sus glorias y grandezas yacía allí en el polvo, entregado al olvido y profanado por una generacion vandálica de hijos ingratos; era una region lúgubre y desierta, cubierta de huesos hacinados y secos, visitada tan solo por el piadoso creyente, que acudia allí alguna vez para meditar solitario entre aquellas ruinas. De pronto sobre ese campo de muerte sopló el espíritu del Señor, y dijo: «Hijo del hombre, ¿crees tú acaso que vivirán estos huesos?—Profetiza sobre ellos y les dirás: Yo haré entrar en vosotros espíritu, y vivireis, y pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer carne sobre vosotros, y os daré espíritu, y vivireis y sabreis que yo soy el Señor.» Y cumplió el Profeta el mandato divino. Mas cuando profetizaba hubo gran ruido y conmocion, y juntáronse huesos á huesos cada



uno por su coyuntura. Miró el hijo del hombre, y vió que subieron nérvios y carnes sobre ellos, y se estendió piel por encima. Mas no tenían espíritu, y dijo el Señor: «Hijo del hombre, profetiza al espíritu, y dirás: De los cuatro vientos ven ¡oh espíritu! y sopla sobre estos muertos, y revivan.» Y profetizó el hijo del hombre como se lo habia mandado; y en aquéllos cuerpos muertos entró el espíritu y vivieron, y se levantaron sobre sus piés en ejército numeroso. Y dijo el Señor: «Hijo del hombre, todos estos muertos son la casa de Israel; ellos dicen, se secaron nuestros huesos, y fuimos dispersados. Por tanto, profetiza sobre ellos, y diles: «Esta es la voz del Señor. Yo abriré vuestras sepulturas y os sacaré de vuestros sepulcros, pueblo mio, y os conduciré á la tierra de Israel.»

Esto ha sucedido hoy ante nosotros en la tierra de España.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

## SONETOS.

## I.

## LA GRACIA.

Dadme, Señor, el poderoso don  
 En que el prodigio de tu gracia esté,  
 Venda mis ojos y la luz veré  
 Que atribulada busca mi razon;

Derrama en mi ulcerado corazon  
 El bálsamo divino de la Fé,  
 Disipa las tinieblas y saldré  
 Del abismo de tanta confusion.

Y brillando en continúa claridad  
 Este rayo de amor que siento en mí  
 Reconozca y confiese la verdad,

Y pueda el alma enamorada así  
 Al comprender tu escelsa eternidad,  
 Perpétuamente complacerse en ti.

## II.

## LA PEREZA.

La escarcha fria en el cristal blanquea  
 Y me ofrecen al par en toma y daga  
 Sus generosos brazos la butaca,  
 Su vivo amor la ardiente chimenea.

Que el espíritu es fuerte..... que lo sea,  
 Tambien sabemos que la carne es flaca;  
 Y si el reposo la inquietud aplaca,  
 Ociosa vague la indolente idea.

Puesto que dicen que la vida es corta,  
 Me entrego al abandono que me inunda,  
 Porque este no hacer nada me conforta.

¡El mundo y la ambicion!..... ¡qué barahunda!  
 Gloria, deber, virtud..... nada me importa;  
 Y si el cielo se hunde..... que se hunda.

JOSÉ SELGAS.



# EL PRIVILEGIO GENERAL DE ARAGON,

## BASE DE LA UNION.

(Continuacion.)

Despues del preámbulo, continúa diciendo el texto en romance de esta manera:

«Estas son las cosas de que son despullados los riquos homes, mesnaderos, caualleros et infançones, cibdadanos et los homes de las villas de Aragon, e de Ribagorza, e del reyno de Ualencia e de Teruel (1).

Quel Senyor Rey obserue e conserue fueros, costumnes, usos, privilegios e cartas de donaciones e de camios del reyno de Aragon, e de Ualencia, e de Ribagorza e de Teruel.

Item, que inquisicion no sea fecha nunca contra ninguno en ningun caso (2), e si feyta es la inquisicion e no es jutgada, que no sea dado juicio por ella, ni vaya á acabamiento; e si dada es sentencia, que no venga á execucion.

Item, quel Justicia de Aragon jutge todos los pleytos que vieren á la Cort (3) con consello de los riquos homes, mesnaderos, caualleros, infançones, cibdadanos, e de los homes buenos de las villas, segun fuero et antiguament fué costumprado.

---

(1) ¿Pues qué Teruel no era de Aragon? Si era de Aragon, ¿á qué formaban cortarro aparte? ¿Por qué no estaban allí las otras dos Comunidades mas antiguas de Calatayud y Daroca? Porque estas eran realistas, y detestaban la oligarquía y la tiranía revolucionaria.

(2) La inquisicion era la encuesta ó residencia: ¿y por qué no se habia de residenciar á los funcionarios públicos? La inquisicion aquí no es el Santo Oficio reducido entonces. Luego hubo que establecer la encuesta hasta contra el Justicia mayor, como se fundó en las Cortes de Calatayud el año 1461.

(3) Apelaciones al Rey ó grenges (agravios) presentados en Córtes.



Item, que sean tornados en possession de las cosas en que fueron despullados en tiempo del senyor Rey D. Jayme, e suyo, de que ellos se tienen por agreviados, que son públicas e notorias (1).

Item, que el senyor Rey en sus guerras, e en sus feitos que tocan á las Comunidades, que los ríquos homnes, mesnaderos, cavalleros, infançones, cibdadanos e homnes buenos de las villas sean en su consello e tornen en su honra, assí como solian en tiempo de su padre (2).

Item, en cada uno de los lugares hayan jutges de aquel mesmo reyno, es á saber: de Aragon en Aragon, e en Valencia de Valencia, e en Ribagorça de Ribagorça.

Item, que todos los del regno de Aragon usen como solian de la sal de qualquiere se querran de los reynos e de toda la senyoria del senyor Rey de Aragon de aquella que mas querrá. E quando vendan los que las salinas han ansí como solian antiguament: e aquellos que por fuerça vendieran sus salinas e se en tienen por agravados, que las cobren, e que usen de aquellas como solian ellos, empero tornando el precio que ende recibieron (3).

Item, del feyto de la quinta que nunca se dió en Aragon, fueras por priego á la huest de Valencia, e que de aquí adelant nunca se dé de ningun ganado nin de ninguna cosa.

Item, que los sobrejunteros (4) usen assí como antiguament

(1) Más habian quitado ellos á la Corona que Don Jayme á ellos: cuando ofreció á uno de sus ricos hombres el castillo de Morella si lo tomaba, le enviaron á decir los de Teruel á Don Jayme «que si á Señor habia de dar aquel castello, era mejor que lo tuviesen moros.»

Tal era el horror que inspiraba el feudalismo, y, con todo, feudalista era la revolucion de «la Union» como lo fué la de las Comunidades de Castilla en el siglo XVI.

(2) Ya tenía en su Consejo á los buenos y leales, que eran mas, pero los holgazanes y revolvedores, que eran menos, pretendian suplantarlos.

(3) La cuestion económica del estanco de la sal se agitaba entonces en Aragon lo mismo que en Castilla; pues tambien los levantiscos, en tiempo de Don Sancho el Bravo, se quejaban por ese motivo contra Don Alfonso el Sabio. Pero los revolucionarios no eran consecuentes; pues, al pedir el desestanco de la sal, exigian se impusiera tasa en el precio.

(4) Las junterías de Aragon tienen que ser objeto de estudio especial para las cuestiones de órden público, persecucion y castigo de malhechores en la Edad Media. Constituian una especie de *hermandad*, pero no *santa*, como la de Castilla, que tenia cierto colorido religioso, al estilo de los *guildas* ó *guildonías* extranjeras, antes tenia mas relacion con los *somatenes* ó *son-metient* de Cataluña.



solian usar, e no hayan otro poder, nin prendan de las villas de montatgo (1) sino diez sueldos, e cada cinco sueldos de las otras villas de aquellos que en las juntas ser querran. Mas los sobrejunteros sean executores de las sentencias e encalzadores (2) de los malfechores e de los encartados (3). E aquellos malfechores que sean jutgados por los justicias de las ciudades, e de las villas e de los otros lugares de Aragon (4).

Item, del *mero imperio* e *mixto*, que nunca fué, ni saben que en Aragon fués (5), ni en el reyno de Valencia, ni encara en Ribagorça, e que no sigan de aquí adelant ni aquello ni otra cosa nenguna de nuevo, sino tan solamente fueros, costumpnes, usos, privilegios (6) e cartas de donaciones e de camios (7), segunt que antiguament fué usado en Aragon e en los otros lugares sobredichos. E que el senyor Rey no meta Justicias (8) ni faga iutgar en nenguna villa ni en nengun lugar que suyo propio non sea.

VICENTE LAFUENTE.

(Se continuará.)

---

(1) La edicion de los fueros, en letra de tortis, dice equivocadamente *mercado*, quizá por errata. Por *montatgo* se entendia, en mi juicio, la batida dada en los montes contra los malhechores, como de somaten.

(2) Encalzar, alcanzar, perseguir.

(3) Bandidos perseguidos por sentencia ó carta ejecutoriada.

(4) Los Justicias equivalian á los alcaldés, y tenian la primera instancia á veces hasta en lo criminal.

(5) En esto tenian mucha razon. Los aragoneses tenian ódio al Derecho Romano, y no solo castigaban al abogado que le citaba, sino que le quemaban el libro: la sutileza romanística del mero y mixto imperio, aunque quizá existiera de hecho, no era conocida allí de derecho.

(6) Se ve aquí el empeño aristocrático de la legislacion privilegiada, y el conato de oponerse á la tendencia de la uniformidad de legislacion.

(7) Cambios, permutas; pues los reyes á veces daban jurisdiccion á cuenta de predios.

(8) Los Justicias eran de nombramiento popular en las Comunidades y muchas villas de realenco: pero no en todas partes ni del mismo modo.



## CRÍTICA DRAMÁTICA.

---

*Despertar en la sombra*, drama en tres actos y en verso, de D. Juan Antonio Cavestany, representado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del sábado 12 del presente mes.

---

El gran éxito de *El esclavo de su culpa*, obra con que se dió á conocer Cavestany como autor dramático á fines de 1877, ha sido muy desventajoso para las que ha escrito después. Entonces saludaron unánimes al novel poeta cuantos periódicos había en Madrid, políticos ó literarios, viendo en él una esperanza felicísima, y sorprendidos de la extraordinaria precocidad y madurez de un jóven que apenas rayaba en diez y seis años de edad. Mas ¡oh inestabilidad de las grandezas humanas! Cuando en octubre de 1878 se representó en el Teatro Español la comedia titulada así, con la que se proponía el precoz ingenio andaluz dar alas nuevas á la fama recién adquirida, el entusiasmo de la prensa y del público se había ido apagando y desvaneciendo hasta el punto de convertirse en mal disimulada hostilidad ó en implacable aversión.

¿De qué provino tal mudanza? Si *El esclavo de su culpa* era una comedia digna de tanto aplauso, pensando razonablemente no es posible creer que dejara de serlo, ni aun de parecerlo, en los breves meses transcurridos desde diciembre del 77 á octubre del 78. Si el niño Cavestany, como le llamaban entonces, era un prodigio cuando iba á cumplir diez y seis años, nó parece regular que hubiese perdido ese carácter antes de cumplir los diez y siete, ni que tan pronto se le debiera considerar como esperanza frustrada. ¿Qué había sucedido desde la representación de su primera comedia hasta que dió al teatro la segunda? ¿Cómo el juez infalible é inapelable á quien el gran Ruíz de Alarcón favorecía con el calificativo de *bestia fiera*, pudo en menos de un año ponerse tan en abierta contradicción consigo propio? Porque el he-



cho es que antes de representarse *Grandezas humanas* existía ya prevención desfavorable contra el autor, y que la segunda comedia de Cavestany, con todos sus defectos é inconvenientes (nacidos por lo común de falta de experiencia y de conocimiento del mundo), ni aun en esto mismo ha de estimarse tan inferior á la primera, que justifique ó disculpe el desvío y la veleidad del público. Lejos de ello, hay en *Grandezas humanas* bellezas de un orden superior á las de *El esclavo de su culpa*, aunque el asunto sea menos simpático y no esté preparado y desarrollado tan en armonía con el gusto de la generalidad.

¿Á qué, pues, atribuir semejante cambio en la opinión de los encomiadores del poeta y en una gran parte del público, sobre todo del público *sui generis* que habitualmente asiste á los estrenos de obras? No trataré de desentrañarlo, porque es cosa poco agradable penetrar en el corazón de las miserias humanas. Pero aun concediendo que no merezcan ninguna disculpa las vehementes expansiones del lisonjeado amor propio de un jóven que al comenzar á vivir se ve universalmente realzado á la esfera donde parece que solo debieran estar los maestros encanecidos en la práctica del arte (concesión que fuera demasiado injusta), nunca habría motivo plausible para desencadenarse, no ya contra las imperfecciones de un drama, sino contra la persona del autor.

Y sin embargo, esto es lo que ha sucedido recientemente en el estreno de *Despertar en la sombra*, drama en tres actos y en verso de D. Juan Antonio Cavestany. Los mismos que aplaudían con gran fervor pensamientos del poeta admirablemente expresados por Vico sin duda alguna, pero suyos y merecedores de tal aplauso, fueron también los que al final del acto segundo se negaban (con insistencia digna de mejor causa, y con vociferaciones impropias de un pueblo culto) á que el príncipe de nuestros actores revelase el nombre del creador de la obra á los que deseaban conocerlo. Este inusitado desaire con que algunos trataron de abrumar al poeta, como ofendidos de que hubiese logrado conmovérlos ayudado de tan soberano intérprete, no llegó á prevalecer. Indignados contra tamaña injusticia, los espectadores de buena voluntad desagraviaron al autor á la conclusión del drama, llamándole repetidas veces y colmándolo de calorosos aplausos.

Si las anteriores obras escénicas de Cavestany (que ha escrito

ya varias de diversa índole, aunque todavía no pasa de veinte años) careciesen de las dotes y prendas que más ó ménos revelan todas, y que quizás no desdeñarían escritores de mayor edad que él y más curtidos en el tráfigo del mundo, *Despertar en la sombra* demostraría que posee condiciones de verdadero autor dramático. El hecho mismo de no acordarnos al juzgarlo de que quien tal crea es casi un niño, y de exigirle con injustificado rigor lo que á veces no se exige, y hasta se perdona ó aplaude, á ingenios maduros experimentados y famosos, está diciendo claramente que se le tiene por muy hombre en esto de escribir comedias. Mas por grande que sea su intuición dramática (y lo es mucho); si se atiende á las dificultades del género que principalmente cultiva, se comprenderá que fuera temerario pedirle aquella ultimada perfección en el conocimiento de los arcanos del alma ó de los misterios del arte y de la hermosura de la forma (patrimonio de contadísimos autores) á que sólo han llegado en España modernamente un Hartzzenbusch, un Ayala, un Tamayo y muy pocos más.

En cuantas obras de algun vuelo ha escrito Cavestany para la escena, se conoce que está penetrado del verdadero fin de la poesía dramática. Sin echársela de dómine; sin presumir de innovador; sin rendir tributo á lo que hoy se llama *arte docente*, en el que algunos sueñan amalgamar elementos que no pueden amalgamarse; sin proponerse resolver problemas filosófico-sociales más propios de la cátedra que del teatro, y que acaban por «fatigar confundiendo, en vez de instruir deleitando,»—como ha dicho recientemente D. Mariano Catalina con tanta exactitud como buen sentido crítico,—nuestro poeta sevillano ofrece siempre en sus comedias algo que pueda servir de lección, no á modo de silogismo ni por demostración matemática, sino con la elocuente imágen de la realidad, según nos alecciona la experiencia en el yunque de la vida. No hay, pues, que confundir á Cavestany con los escritores ingeniosos que abastecen nuestros teatros de entretenidas vagatelas con fin más industrial que artístico. Á sus ojos el arte es cosa de mayor importancia. Y como tiene fe en creencia tan generosa, ni desmaya en la lucha, ni se deja abatir por las contrariedades, ni abandona el terreno á que le ha llevado su vocación y donde ha sabido conquistar justa fama en los primeros albores de la juventud.



Prueba es de ello su drama *Despertar en la sombra*, título que, sea dicho de paso, no me parece muy claro ni muy propio.

Trazar en breve espacio con sobria paleta, sin más que cuatro figuras, un cuadro tomado directamente del natural; buscar el interés y la vida, no en el movimiento acalorado ni en la aglomeración de sucesos ó de peripecias, sino en la lucha de afectos y en la sencillez é ingenuidad de la expresión; presentar un ejemplo de que las faltas cometidas atropellando santos deberes llevan en sí mismas aparejado el castigo, y de que no hay superchería que no se descubra, por bien que se haya procurado ocultarla, es el objeto que se propuso Cavestany al imaginar esta obra. Para conseguirlo emplea recursos verosímiles, aunque no comunes y ordinarios; y más todavía que al arsenal de la imaginación, preponderante en los jóvenes, y que suele engañarnos ó deslumbrarnos cuando tratamos de bosquejar caracteres y pasiones, recurre á las fuentes del sentimiento y de la verdad humana. Tan elevada manera de cultivar el arte y de realizar lo bello en el poema dramático, arguye un conocimiento de los misterios del corazón y una percepción artística, por decirlo así, muy superiores á lo que debía esperarse de los pocos años del poeta.

El cuadro de la felicidad doméstica vinculada en el apacible hogar del honradísimo y bondadoso médico D. Pablo, que llena casi todo el acto primero, y en el cual aparece á deshora siniestra nubecilla que insensiblemente va extendiéndose y condensándose hasta romper en imprevisa tormenta, resulta simpático y está concebido y dispuesto con maestría. Pero como la felicidad es de suyo monótona, habría ganado mucho este acto de exposición, tan verdadero, tan sencillo, tan bien ideado en conjunto, de colorido tan agradable,—despojándolo de pormenores que se repiten sin necesidad en perjuicio del interés, y haciéndolo llegar más pronto á la situación que le pone fin, expresada con gran rapidez y brío.

Á los veintitantos años de casado, Pablo adora á Mercedes como si estuviese todavía en la luna de miel, y se goza en las excelentes cualidades de su hijo Carlos, modelo de discreción. Pero á quien consagra principalmente lo más acendrado y puro de su cariño es á Concha, que le corresponde con infantil vehe-

mencia, y cuyo candor y donosura son el encanto de sus padres. Aunque nacida de Mercedes, Concha no ha debido el ser á Pablo que la cree hija suya. Momentos de alucinación y de extravío arrojaron á Mercedes en brazos de un hombre que no era su legítimo dueño: Concha es el fruto de aquel amor criminal. Y como al nacer la niña estaba ausente Pablo en tierras lejanas, fácilmente pudo Mercedes hacerle creer que había quedado en cinta cuando él partió de Madrid.

Pronto volvió en su acuerdo la infiel esposa. Arrepentida, avergonzada de su falta, logró del hombre que la sedujo que se alejase de su lado; y como el seductor no era un libertino empedernido, de los que se gozan en vanagloriarse de sus triunfos pisoteando el corazón y el honor de las desdichadas mujeres que tienen la debilidad de quererlos, se impuso el sacrificio de no verla más, para salvar siquiera las apariencias y expiar en cierto modo su culpa. Mercedes no le volvió á ver; pero conservó siempre en el alma como implacable torcedor el remordimiento de haber hecho traición á Pablo, rejuvenecido y avivado á cada hora por la ternura y las caricias del amante esposo.

Sintiendo acercarse la muerte vuelve á Madrid el seductor desde los extraños países donde había permanecido largo tiempo, ansioso de poner en manos de Mercedes el caudal que destina á su hija. Un accidente repentino, consecuencia de la enfermedad que lo consume, le impide realizar por sí mismo tal propósito; y al espirar en brazos del médico llamado para asistirle, lo hace depositario de su postrera voluntad, encareciéndole que la cumpla con arreglo á lo indicado en una cartera que le entrega. El médico era Pablo. La cartera contenía el retrato de su mujer y una carta para ella; carta que desgarró á los ojos del esposo ofendido el velo del secreto por tantos años oculto. Con este pavoroso descubrimiento concluye el primer acto del drama.

La lucha de afectos que nace de la situación especial en que semejante revelación coloca á los cuatro personajes que intervienen en la fábula, forma el tejido de los dos actos siguientes; hasta que Mercedes, quebrantada por las amarguras que había devorado en silencio, cae bajo el peso de tan terrible infortunio y deja de existir, fortalecida con el perdón del generoso consorte, segura de que Pablo, que profesó siempre á Concha el cariño más entra-



ñable, velará por ella y la seguirá tratando como si fuese verdaderamente hija suya.

Esta sucinta exposición del argumento de la obra manifiesta que el autor no se vale de recursos de relumbrón, ni busca el triunfo auxiliado por fantasmagorías. Natural y sencillo en la parte esencial del drama, fíalo todo á la verdad y consecuencia de los caracteres, á la sinceridad y al fuego de las pasiones. En la pintura de aquellos y en la de estas ha logrado atinar, por lo común, graduando acertadamente el desarrollo de la acción y distribuyendo el claroscuro con mucho arte en la totalidad del poema, sin rendir tributo al espíritu mal sano que hoy prevalece en el drama de costumbres. Hay, además, esparcidos en las principales escenas de *Despertar en la sombra* rasgos poéticos expresados con verdadero acento dramático, y tales, que los tomarían por suyos ingenios muy excelentes.

Para interesar y conmover no ha necesitado Cavestany acudir á extremos violentos, ni retratar seres repugnantes ó asquerosos. Cierto que la falta de Mercedes no es disculpable; pero harto la expía con las amarguras que sufre y con el dolor y la vergüenza que pasa. Por ello, sin duda, no se hace odiosa á las almas compasivas, y obtiene al fin el perdón de su marido. Por lo demás, la interesante figura de Concha, pura y delicada flor que exhala suave perfume de castidad é inocencia, es suficiente para hacer ver lo que algún día podrá realizar Cavestany como creador de personajes escénicos.

*Despertar en la sombra* me parece, pues, mejor que cuanto ha dado hasta ahora al teatro el joven poeta, sin exceptuar *El esclavo de su culpa*. Lo cual quiere decir que no se duerme sobre sus laureles.

Pero á quien posee tan felices disposiciones y facultades hay que exigirle más todavía. Para realizar lo bello en el drama no basta imaginarlo con cierta perfección relativa, ni distribuir acertadamente sus elementos fundamentales, ni que sean verdaderos el fondo de los caracteres y la esencia de las pasiones: se hace indispensable también que todos los componentes de la acción aparezcan igualmente verosímiles; que la falta de natural preparación en los resortes dramáticos no entorpezca ni desvirtúe la marcha del bien imaginado conjunto; que el estilo y el len-

guaje, en fin, correspondan siempre á lo que deban ser en cada interlocutor, y no se manchen ni afeen con ripios, trivialidades, prosaismos ó incorrecciones.

Decía la Baronesa de Stael que el buen gusto en literatura es tan raro como el buen tono en sociedad. Aunque esto es muy cierto, no lo es menos que esa facultad perfeccionadora, complemento y esmalte de cuantas ilustran y perpetúan las creaciones artísticas, se desenvuelve y aguza más cada vez, si educamos el entendimiento y lo nutrimos cotidianamente de sanos manjares. El autor de *Despertar en la sombra* tiene sin duda la intuición del arte y de la belleza que le presta hechizos; pero en cuanto al gusto, no le falta poco aún para afinarlo y depurarlo. Joven es, espacio tiene delante de sí para conseguirlo; mas considere que, por grandes y felices que sean sus disposiciones, no saldrá vencedor en tan ardua empresa contentándose con lo primero que se le ocurra, ni con labor hecha de prisa; sino meditando, corrigiendo, procurando madurar convenientemente los verdes frutos de la inspiración, nutriendo su inteligencia con el estudio de peregrinos modelos, manteniendo asídúo comercio intelectual con obras selectas por lo esquisito del gusto. El poder de la hermosa forma es tanto, que da vida perdurable á ideas que son meramente vulgaridades ó naderías. Ni hay pensamiento que aun siendo bello lo parezca, si no está expresado con propiedad y hermosura.

Digo esto, porque los lunares é imperfecciones de que adolece el drama de Cavestany (que se echan de ver más, por lo mismo que habrían podido evitarse á poca costa) provienen en gran parte de falta de reflexión. Claró está que la vehemencia de los pocos años apenas consiente aquella serenidad de juicio necesaria para pesarlo todo con madurez propia de la edad propecta; pero se me figura que quien siendo tan joven la ha tenido en lo más difícil, pudiera haberla empleado igualmente en lo de menos valer. Por ejemplo: ¿qué necesidad había de que estuviese en el piso principal de la casa donde vive D. Pablo la fonda en que se aloja el seductor de su esposa? Situada en la casa contigua, ¿no era igual para los fines del drama? De ese modo ¿no se habría quitado asidero á los censores que no ven ó no quieren ver grandes bellezas y reparan en pelillos? ¿Y cuántos medios no hubiera en-



contrado el autor para preparar de otra manera el final, evitando así que parezca tan violenta la salida de Mercedes casi moribunda, si se hubiese detenido á madurar su pensamiento sin dejarse llevar del primer impulso de la fantasía?

Ni temo parecer injusto mostrándome exigente con Cavestany en cuanto al estilo y á la elocución poética, porque nadie ignora que sólo se debe pedir á los que son capaces de dar. En este punto el autor de *Despertar en la sombra* necesita ser en adelante más severo consigo mismo. Que sabe decir bien y con propiedad las cosas; que tiene á veces en la expresión de las ideas rasgos de verdadero poeta; que formula bellamente, y hasta con cierta concisión y elevado estilo, pensamientos tiernos, profundos ó delicados; en suma, que conoce el secreto del diálogo y de la buena forma dramática, y que no le faltan vigor, ni gallardía, ni brillantez, muéstralo esta obra quizás mejor que todas las demás suyas. Pero eso mismo le impone obligación más estrecha de pararse en barras y de excusar enojosas repeticiones, versos desaliñados ó de relleno, giros de lenguaje pedestres ó poco castizos.

Los intérpretes de este drama en el antiguo coliseo de la calle del Príncipe merecen cumplido elogio por la buena voluntad con que lo han representado. ¡Qué sencillez de expresión, qué bien entendida variedad de matices, qué arranques tan naturales, tan bellos y vigorosos los de Vico en el papel de *D. Pablo!* Extraño á la amanerada canturía en que cifran otros su gloria, busca en la realidad humana y en el colorido poético de la verdad, el secreto de conmover al espectador: por eso lo consigue. No en balde le tienen las personas de gusto por el primero de nuestros actores. Con decir que la señorita Mendoza Tenorio fué como personificación ideal de la *Concha* creada por el poeta, se ha manifestado en pro de su acierto cuanto pudiera decirse. El papel de *Mercedes*, lleno de dificultades, encontró celosa intérprete en la Sra. Marin. Ricardo Calvo procuró hacer visibles los tiernos sentimientos del buen hijo, del hermano generoso, esforzándose noblemente por conseguirlo. Si dulcificara su acento, si huyera de la monotonía, si diese más variedad á las inflexiones de voz con que expresa las luchas del alma, es seguro que recojería mayores aplausos.

(Febrero de 1881.)

MANUEL CAÑETE.

# CRÓNICA POLÍTICA

## DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

### I.

Cuenta la historia que para solaz y entretenimiento de ociosos escribió el historiador arábigo y filósofo mahomético Cide Hamete Benengeli, que cuando despertado á deshora el insigne gobernador de la insula Barataria, para ejercer las salvadoras funciones de su ministerio contra los enemigos de su autoridad, hubieron de armarle, el bueno de Sancho, hecho á la holgura de sus bragas, y acostumbrado á la flexibilidad de su chupa, hallóse tan embarazado y sujeto con el estorbo de los dos paveses, entre cuyas planchas lo emparedaron, que no acertando á moverse, solo logró, al intentarlo, cuando le empujaron los suyos, dar con sus huesos y con su autoridad en tierra.

Y para que con la malicia propia del vulgo no se crea que tratamos de rebajar con la comparacion escuderil el valer de nuestros hombres políticos, recordaremos al mismo tiempo el lance que nos refiere la Escritura cuando Saul, armando con sus armas reales á David para combatir con el gigante filisteo, hallóse que el humilde pastor no podia dar un mal paso con tales armas, viéndose precisado á devolverle su honda y su cayado de pastor,

«Con que dió la muerte al Conde

»Y comienzo á sus fazañas.»

Tales y tan antiguas membranzas trae á nuestras mentes el espectáculo del llamado partido liberal en el poder, partido que acostumbrado, como todos los de la revolucion, á subir en hombros del motin, y á conservarse por obra y gracia de la dictadura, apenas se le arma con las armas reales de la legalidad no puede moverse ni dar un paso, y tiene que volver á su zurrón, como el pastor de Bethelhem, ó dar el temeroso porrazo que dió, apenas intentó moverse, el nunca bien ponderado escudero de la nata y flor de la andante caballería.

Alzarse contra la ley al ronco grito de libertad; improvisar juntas revolucionarias; erigirse una de ellas en *central*; nombrar con los poderes de que *se hallan* revestidos sus miembros un gobierno *provisional* que *salve la libertad*; legislar por decretos, ejerciendo la mas omnímoda de todas las dictaduras; traer unas Cortes convocadas entre los desahogos de la expansion liberal; aprobar en conjunto todo lo he-



cho, y elevar á ley en monton todo lo decretado; pedir unas autorizaciones para gobernar suspendiendo las garantías, y convertir todo el arte de buen gobierno en una guerra civil permanente, hé aquí lo único que saben, han sabido y sabrán hacer los hombres del partido progresista.

Darles una constitucion y pedirles que no la infrinjan; entregarles la libertad y exigirles que no la cubran con el tupido velo de la dictadura, para librarla de las asechanzas de la *mano oculta* de la reaccion, es pedir cotufas en el golfo.

Por eso hoy que han subido al poder, invocando el ejercicio de la régia prerogativa, con desprecio de la opinion legal del país, como buenos constitucionales, no saben qué hacerse con la Constitucion; como buenos liberales, les estorba la libertad, y como amigos del Parlamento, quieren alargar todo lo posible la convocatoria de las Cortes.

Y la cosa, en verdad, se comprende, como se comprende que David devolviese su yelmo de cobre y sus largas ropas á Saul, y que el bueno de Sancho Panza cayese maltrecho por el suelo apenas intentó dar el primer paso fuera de la anchura de sus gregüescos.

Porque uno y otro lo decian con palabras que pueden servir para el primer párrafo del futuro discurso de la corona.

*Non habeo usum*, dijo el ungido de Israel, y *despojóse de todo*. *¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, que no puedo jugar las choquezuelas de mis rodillas?* exclamó el marido de Teresa Panza al arrimarse á su poderoso lanzon de combate para poder tenerse en pié: y el partido liberal español, echando miradas sentimentales á los guijarros de las calles, con que en otro tiempo hizo barricadas, como David á los guijarros del arroyo, duda y vacila, temeroso de caer como Sancho Panza, y de que pasen en alborotado tropel sobre su cuerpo amigos y enemigos.

Porque la verdad es que la situacion es por extremo embarazosa, y que por grandes que sean, que gustosos lo reconocemos, el empuje del Sr. Sagasta, la reflexion del Sr. Alonso Martinez y la astucia del señor marqués de la Vega Armijo, no son menores las dificultades con que tropiezan, ni menos formidables los gigantes que los desafian y los enemigos que los acechan, esperando la hora propicia de entrar á saco la tan codiciada insula obtenida al fin como merced del complaciente y poderoso dueño.

«La ley es la ley;» decia estos dias el *Imparcial*, parodiando á Ciceron, y esa ley, cómplice redomada de las astucias canovistas, le sale al paso al ministerio, dándole á escoger entre la ilegalidad y la muerte.

La muerte, si antes de preparar la famosa máquina electoral se consulta la opinion del país, que aunque ha sido la causa de la elevacion del ministerio, no puede hablar ni manifestarse mientras no la pongan la bocina electoral, que esto y no otra cosa es la tal máquina, y no como piensan los oscurantistas retrógrados, potro de tormento



donde amarrada la opinion, responde presurosa á los desinteresados interrogatorios del verdugo.

La ilegalidad, si fija las fuerzas de mar y tierra, y continúa con los presupuestos sin presentarlos á las Córtes; porque, aunque no haya contribuyente que lo crea, ni recluta que lo sospeche, es inconstitucional lo mismo el pagar que servir, si no lo decretan los poderes que forman el mecanismo constitucional, dentro del término fijado.

¿Qué recurso le queda, pues, al ministerio? ¿Entregarse en brazos de la opinion, por preparar para que acaso responda lo contrario de lo que le pregunten, ó considerando que en estos momentos solemnes se está verificando la anunciada transmigracion del espíritu de la difunta Constitucion de 1869 al cadáver galvanizado de la Constitucion de 1876, dejar transcurrir el indispensable plazo para que el alma en pena de la finada surja de las regiones infernales suspensa al sonido del canto del Sr. Sagasta, y se entre bonitamente por el adormecido cuerpo de la hija de los notables del Senado, magnetizada por la mirada parricida del Sr. Alonso Martinez?

Pero si hace esto último se expone tambien á un peligro no menos temeroso; porque segun las últimas noticias infernales trasmitidas por los numerosos corresponsales que la agencia Fabra tiene en aquellas cálidas regiones, el alma ó el espíritu de la difunta constitucion, lejos de mejorarse en la desgracia, como le hubiera sucedido en el purgatorio, ha contraido allí malas amistades con los demonios mayores de la democracia, y no sería difícil que vinieran con ella, y con ella se entrasen en la Constitucion de la monarquía y hasta en los escaños del Parlamento aquellos espíritus memorables que se llaman «Legion,» y de cuyo paso por el histórico suelo de nuestro país tan gratos recuerdos conservan los sesudos habitantes de España.

Con que tampoco es esta solucion muy satisfactoria ¿Qué hacer en lance tan apurado? No sabemos quién, pero tal vez pudiera ser el señor Perez Zamora, cuyo monumental silencio fué siempre prenda de fecundísimas reflexiones, y cuya habilidad para hallar salida á los laberintos de la ley que no la tienen, es proverbial en España, quien deberá haberles sugerido una especie que hemos oido correr de boca en boca.

El gobierno abriría las Córtes, presentaría allí los presupuestos, y una vez cumplida (no hay que olvidar que *cumplimiento* se compone *miento* y *cumpro*) la formalidad estricta del precepto constitucional, cuando algun miembro de la oposicion intentase hacer alguna de las suyas, levantarse el presidente del consejo de ministros, y pronunciar el elocuente discurso de la disolucion.

Pero ¡oh inagotable genio del monstruo de nuestros dias, en cuya comparacion es niño de teta el mismo Sr. Perez Zamora! en este caso un individuo del partido liberal conservador, en representacion de sus ausentes compañeros, pediria, al abrirse la sesion, que se contase el



número de Sres. Diputados; y como los ministeriales estarían tomando posesion de los estrados del poder, y los de la oposicion contemplarían el espectáculo desde el salon de conferencias, no habria número, no habria sesion, y no se podrían presentar los presupuestos.

Y aquella misma noche *La Iberia* escribiría un suelto tremebundo, por este estilo:

«Está visto. El partido conservador liberal es un partido faccioso. No contento con haber ocupado el poder durante los seis mortales años de la restauracion (esto de *mortales* son añejos resabios del estilo) manteniendo en perpétuo asedio la régia prerogativa, secuestrando el unánime clamor de la opinion, y apelando á todos los expedientes de la intriga y de la violencia, al dia siguiente de bajar del poder por el primer acto libérrimo de la voluntad del Monarca, se opone de un modo incalificable por lo insidioso al cumplimiento de la ley, impidiendo la simple presentacion de sus propios presupuestos, haciendo *obstruccion* á la marcha legal del sistema, y apelando á medios que, impropios de partidos monárquicos y conservadores, solo se conciben en los enemigos de la libertad, del trono y de las instituciones parlamentarias.»

Al cual contestaría al mismo tiempo *La Política*:

«El partido liberal conservador, que solo ha bajado con pena del poder previendo los males que van á traer sobre el país sus sucesores, y que solo volvería á subir al poder con gusto, porque solo él podría remediarlos, no pone ni pondrá nunca obstáculos al ejercicio de la régia prerogativa, cuyas decisiones acata, por más que se reserve juzgar las consecuencias que de su aceptacion saquen los hombres llamados al poder, cuya historia y antecedentes revolucionarios son de todos bien conocidos. Así es que el partido liberal conservador ofrece votar sin discutir los presupuestos que despues de las próximas elecciones abiertas los Córtes hasta por decreto, presente el Gobierno en las Cámaras para que pueda cumplirse el precepto constitucional.

Pero lo que no puede hacer el partido liberal conservador es sacrificar su patriotismo hasta el punto de hacer juego al partido liberal para que, cumpliendo de una manera puramente formalista el precepto constitucional, eluda ó violente el espíritu de la ley para tomarse el tiempo necesario de organizar un ojeo electoral de candidatos conservadores.

Si el gobierno no tuviera medios de cumplir la ley, nosotros se los proporcionaríamos y se los proporcionaremos: pero lo que no le podemos proporcionar es la trampa para eludir la ley y cogernos en la ratonera.»

Y como quiera que, tengan ó no la razon, tienen de su parte los medios, no sabemos qué partido adoptará el Gobierno, si acudir á las elecciones con la máquina por montar, á riesgo de forzarla, ó si echar mano del consabido cendal de las circunstancias para tapan la cara á



la resignada estatua de la ley, acostumbrada ya de antiguo á tales arropamientos.

Aparte este tropiezo que acaba de surgir en el camino, deteniendo la marcha triunfal del nuevo gabinete, le quedan otros no menos graves que salvar, siendo uno de ellos la realizacion del programa del partido fusionista.

En el breve pero atinado discurso, con que el Sr. Sagasta hizo la presentacion de su gabinete á las Cámaras, dijo que cumplirian en el poder lo que ofrecieron en la oposicion.

Y como el partido fusionista ha prometido en la oposicion cosas tan diversas y contrarias como las que prometieron el Sr. Sagasta, el Sr. Alonso Martinez, el general Martinez Campos, el Sr. Fabié y el señor conde de Xiquena, de aquí que surja, á falta de una síntesis comprensiva y armónica, de una unidad superior, de un tercer momento dialéctico especulativo, que las confunda y las resuelva en un todo que no puede ser otro que el absurdo, la imposibilidad, dado el principio de identidad, de cumplir el programa del gabinete.

Y dada la necesidad de caminar, y la imposibilidad del movimiento en direcciones encontradas, brota, como es corriente y natural, la conversion del gabinete de conciliacion en un gabinete homogéneo.

Y bien que unos se vayan y otros se queden, bien que los unos se adhieran al programa de los demás, ó bien que todos se queden con el suyo elevando el dilema á la aceptacion de la régia prerogativa, ello es que para vencer las dificultades aplazadas, tiene que verificarse una crisis, cuyo resultado será el triunfo definitivo del Sr. Sagasta, ó la llamada al poder del Sr. Posada Herrera.

De modo que, colocado entre los preceptos de la constitucion y la organizacion electoral de la mayoría canovista, entre las elecciones á corto plazo favorables al elemento liberal conservador, y las elecciones á plazo largo favorables á los partidos radicales, entre la imposibilidad de cumplir su programa y la necesidad de satisfacer sus solemnes compromisos, entre la conveniencia de mantener la union á pesar de la disparidad de sus propios elementos, y la penosa fatalidad de convertirse en homogéneo; entre Posada Herrera y Sagasta, entre un senado conservador y un congreso ultra-liberal, el gabinete, sin la fuerza de resistencia de la reaccion, y sin el empuje de las fuerzas revolucionarias, tendrá que reducirse á ser una nueva union liberal, un centro parlamentario, un aplazamiento muy breve de la gran batalla que prepara la revolucion, y que habrá de darse en España mas ó menos tarde.

Y quiera Dios que cada dia que pase acrezca mas la fuerza de los que la han de resistir, y no la fuerza de los que la han de dar.

Porque la audacia de la revolucion solo es comparable á la pusilanimidad de los conservadores.

Porque un dia un diputado conservador, en una frase incidental de un discurso hecho para explicar su voto, excita, entre los demas ele-



mentos conservadores, á las honradas masas, que, arrojadas al campo por los atropellos de la revolucion, formaron el antiguo partido carlista, á que salgan de su inaccion y pesimismo para defender con las armas de la legalidad los intereses de la Religión, de la monarquía y de la patria, se arma un escándalo y alboroto que parece que el mundo se viene abajo, que se han derrumbado las instituciones, y que pelagra hasta la existencia del país; y hoy, cuando un Gobierno presidido por los hombres más importantes de la revolucion hace todo cuanto tiene en su mano para atraer á la legalidad, para que á su sombra continúen con más impunidad y mejor éxito su obra de demolicion, á los elementos democráticos; cuando hasta los quiere introducir en la enseñanza, tendiéndoles, para que entren con la frente alta, por tapiz, la ley; cuando se funda en la organizacion legal de una extrema izquierda democrática el éxito de una política conservadora, hoy nadie se alarma y escandaliza, hoy nadie se extraña, y ni el recuerdo de aquellos próximos dias en que procedimientos semejantes obligaron á abandonar su trono á un rey y trajeron sobre España los horrores de la anarquía, turba un instante la plácida serenidad que refleja sobre el rostro contento de un satisfecho conservador el perpétuo reposo de sus funciones cerebrales.

Entonces, atraer al campo de la legalidad masas monárquicas y conservadoras era un ataque directo á la Constitucion conservadora de un país monárquico; hoy, atraer á las esferas oficiales de la enseñanza y á los escaños del Parlamento y al turno de los partidos legales á gentes enemigas juradas de la Religión y de nuestra veneranda monarquía es un mérito, una ventaja, una conquista, uno de los frutos más preciados que nos produce la subida al poder de el partido constitucional.

Así, relegando al retraimiento y á la hostilidad á las masas monárquicas del país, despreciando los servicios de los leales, aceptando con júbilo las interesadas benevolencias de nuestros naturales enemigos, atrayéndonos á quien solo puede acercarse á nosotros como procedimiento adecuado para derribarnos más pronto, así vamos poco á poco asimilando lo que es á lo que fué, preparando la renovacion de los tristes dias que corrieron; así, de una causa grande, legítima, gloriosa, fuerte, iremos haciendo una segunda parte, una parodia de un ensayo ridículo que salió mal, de un aborto que casi estuvo á punto de ocasionar la muerte de la paciente que lo soportó, mutilando la cúpula monumental para convertir el coronamiento del edificio en una cubierta provisional tomada á préstamo del extranjero.



## II.

Siempre fué para nosotros inconcuso, que siendo el imperio revolucionario un sér híbrido en el órden de las instituciones políticas, erraban aquellos que, queriendo asimilarlo á las antiguas monarquías, buscaban la herencia como modo de sucedér entre los modernos emperadores.

El imperio nace de la república por una ley indestructible y fatal que hace de la anarquía la madre de la dictadura.

Elegirse presidente de una república, y hacerse proclamar emperador por sufragio universal, es la receta del imperio. Heredar la corona imperial es un anacronismo. Se heredan los derechos á la autoridad; los poderes de la tiranía se usurpan. Esto que comprendió el segundo Napoleon, y que no parece que lo comprenden los imperialistas, debe sospecharlo Gambetta, á juzgar por la direccion de centralizacion y arbitrariedad interior y de aventuras guerreras exteriores que viene imprimiendo á su política.

Pero si fué siempre fácil al demagogo voceador de club y de café elevarse á las más altas dignidades de las repúblicas democráticas con las huecas y vanas declamaciones de sus frases de relumbron, y no le fue más difícil convertir á sus adictos más populares en lacayos de su poder y verdugos de la muchedumbre que los encumbró, ciñendo con la corona de todos los poderes unas sienes huérfanas de todas las virtudes, no debe serlo tanto en la ocasion presente, en que si las fieras radicales se entretienen en destrozarse el cadáver de la Francia cristiana, lo hacen bajo la mirada del domador alemán que, con el látigo levantado, está pronto á llamarlas al órden, en cuanto, cansadas de su feroz tarea de destruccion, quieran echarla de personas y pretendan intervenir en otra cosa que no sea destrozarse á sí mismos. Así lo acaba de significar la *Gaceta de Alemania del Norte*, órgano del Príncipe de Bismarck, quien despreciando declamaciones y notas, anuncia crudamente su propósito de utilizar sus etapas fortificadas desde Alemania á París, si M. Gambetta, desvanecido con el asalto dado á los conventos y sus victorias sobre las Hermanas de la Caridad, trata de subirse á mayores. Con que conténtese el déspota de la desmantelada Francia en ganar batallas á la libertad de los sacerdotes, á la autoridad de las madres y á la inocencia de los niños, y déjese de enviar fusiles á Grecia y de organizar su dictadura, porque antes que se entere M. Barteley Saint-Hilaire, se encuentra con Molke sobre París, á quien no le valdrá la declaracion de *sagrada inviolabilidad*, expedida por el Hierofante Victor Hugo al *corazon de la civilizacion moderna*, para que los hulanos comineros no hagan desde sus muros invencibles una segunda remesa de relojes á sus hacendosas margaritas.



Y no cuenta Francia con alianzas para resistir, que harto tiene que hacer Inglaterra en sus colonias, y bastante debe de haber aprendido que Italia, acostumbrada á ponerse al lado del vencedor, no va á ponerse al servicio de M. Gambetta, sino al lado de quien, victorioso, pueda arrojarle, como se arroja un hueso á un can, las provincias de Niza y de Saboya.

Rusia, ocupada en su reorganizacion interior y económica, en su lucha con el nihilismo y en espectacion de mayores acontecimientos, verá con gusto á su aliada empeñarse en una guerra con su antigua rival, y Austria presenciaria tranquila las últimas consecuencias de Magenta y de Solferino; y como el Gobierno liberal español no enviase una escuadra al mando del Sr. Vivar á ayudar al Gobierno francés á cambio del apoyo moral á la situacion de D. Manuel Ruiz Zorrilla, no vemos qué socorro podria esperar el César Gambetta, fuera de alguno de los bandos que perturban la vecina república de Andorra.

Porque ya en 1849 lo presentia el genio vidente de Valdegamas: «En adelante Europa lo recibirá todo, el bien como el mal, de las razas que se agitan al otro lado del Rhin;» y el canciller del Imperio, que no es hombre que sacrifique á las terquedades de su amor propio el éxito de su política, va convenciéndose que los dogmas de la filosofia alemana, el cisma de los viejos católicos y demás elementos del *Kulturkampf*, lejos de abatir á la Iglesia, la han dado mayor pujanza, mientras que sus violentas persecuciones al sentimiento católico cargaban con la pólvora satánica del racionalismo aleman los mosquetes de los doctores regicidas, y unido en estrecha alianza con el Austria, si tolera que Francia se desangre, al par que se deshonra en la orgía de la república oportunista, no está dispuesto á tolerar la consolidacion en imperio del radicalismo cosmopolita; y no seria extraño que si la chispa salta el mejor dia, en la hoguera que encienda, arda con la estatua de la independencia francesa la fábrica de gorros frigios que el republicanismo universal tiene montada en París para el uso y comercio del Mediodía de Europa.

Y si esto se realiza, dada la política práctica de Leon XIII, ¿quién podrá calcular hasta dónde podria llevar los destinos del mundo una nueva alianza entre el sacerdocio y el imperio?

Porque, no hay que dudarlo, aparte del propio gérmen perseguidor que encierra fatalmente en su seno el principio liberal racionalista, que no es otro que el espíritu protestante, la reciente universal persecucion no es obra solo de las logias y de las sectas, instrumentos mejor que causas de estas violentas opresiones.

Bismarck, enamorado del principio de Kánt, de Hegel y de Krause que asienta la omnipotencia del Estado, seducido por la humillante perspectiva de una Iglesia nacional, compuesta de dóciles sacristanes, temeroso de la guerra que al imperio aleman protestante pudiera hacer el poder de sus dos rivales católicas, el Austria y Francia, fué el



que organizó en el interior y en el exterior esa obra de amaños y de violencias contra la Religión del Crucificado. Los liberales de Bélgica, Italia, Suiza y hasta de Francia eran agentes de Berlín, y el radicalismo orgulloso, que solo es valiente contra Dios, como pachon obediente cazaba alegre para su dueño. ¿Cuál será la suerte del pachon el día que su dueño, viendo que le enseña los dientes á su vez, le aplique en el exterior, como ya lo está haciendo en el interior, el collar de fuerza del *Kulturkampf*, ó se lo entregue á Molke para entretenimiento de sus impacientes hulanos?

Sin duda que sería cosa de ver la constancia y firmeza, la energía y teson de los famosos radicales, que tanto han escarnecido á los católicos mártires del imperio. A las alabanzas entonadas al génio filosófico alemán, sucederian las maldiciones, á los alardes heroicos de valor, las dispersiones en masa y los batallones tendidos en el suelo, á los provocadores retos y desafíos, las más humildes palinodias, y quién sabe si no veríamos empuñar el cirio durante el *Te Deum* á los que querian acabar con Dios en el cielo y con su Iglesia en la tierra.

Pio IX, el Pontífice mártir, la *Cruz de cruce*, el hombre generoso que se adelantó á todos los nobles anhelos de su siglo, y á quien su siglo pagó sus hermosas aspiraciones, abrevándole con la hiel de todas las ingraticudes y de todas las amarguras; desprendido del mundo y desengañado de los hombres, puesta tan solo su resignada esperanza en Dios, nos anunciaba á veces entre los relámpagos y destellos de su intuición profética el triunfo de la Iglesia de Cristo.

Dios aceleró para él la hora de su triunfo, sacándole de este valle de lágrimas, en cuyas espinas habia dejado tantos girones de su púrpura de Rey y de su túnica de Sacerdote empapados en sangre de su alma, y llevándole á la Jerusalem celeste para coronar su frente, despojada de la diadema de Rey por la mano torpe de la Revolucion, con la inmortal corona de los Santos Pontífices, defensores de los derechos de la Iglesia, y ornar su diestra, que supo mantener el cetro espiritual por encima de las espadas amenazadoras de los Césares y de los puñales de las democracias, con la inmarcesible palma de los mártires que sufrieron, sin abatirse ni desfallecer, la persecucion hasta la muerte, en odio á Cristo.

Pero sus profecías ó anuncios ahí están. Leon XIII, Pontífice nuevo de esa Religión eterna, parece el llamado á presenciarlos ó á preparar su realizacion en la historia; y si Dios se vale de los malos para prueba y realce de los buenos y castigo de los peores, mudando por medio de violentos trastornos ó de lentas transformaciones las decoraciones de la historia, donde actúan las fuerzas sociales, una vez variada la hipótesis, destruidos los obstáculos personales y los compromisos del honor, cuya colision con otros deberes empañarian el brillo de grandes glorias á los ojos del mundo, bien pudiera suceder que, unidos el principio de autoridad y el instinto de conservacion con la fuerza su-



prema de la Iglesia, verificaran sobre la móvil arena de las sociedades modernas cambios tales, que sorprendieran al futuro historiador de estos tiempos.

Sea lo que fuere, no olvidemos, para coadyuvar á la realizacion de sus altos designios, que la fuerza mayor de la Iglesia, despues del auxilio divino, es la incontrastable union de sus hijos entre sí, con los sucesores de los Apóstoles y con la Cátedra infalible de Roma que Dios, para consuelo y esperanza de nuestros dias, ha exaltado con tanta mayor grandeza, cuanto más bajo es el nivel por que se arrastran los tronos, y más profundo el abismo en que precipitan las naciones.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.